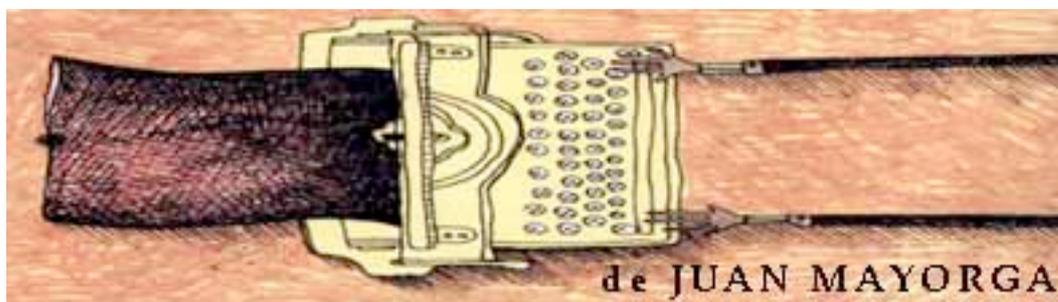


EL TRADUCTOR DE BLUMEMBERG



(Compartimento de un tren en marcha. Puerta y ventana cerradas; cortinas echadas. En penumbra, Blumemberg, con gafas de cristal oscuro, lee un libro en Braille; tiene a mano un bastón de ciego y un maletín. El tren pierde velocidad y el compartimento luz, como si entrase en una estación. El tren se detiene. Ruido y luces de estación; voces en castellano y en catalán; megafonía que anuncia que el expreso Lisboa-Berlín parará un minuto en Barcelona. Cargado con su equipaje, Calderón entra en el compartimento, da la luz. Sólo entonces se da cuenta de la presencia de Blumemberg.)

CALDERÓN- Hola. *(Compara su billete con los números de las plazas.)* Veintisiete, veintinueve... Perdón, no estará usted ocupando la veinti... Ah, no, es aquí. *(Sube al maletero su equipaje, junto al de Blumemberg. Irónico:)* No se preocupe, puedo yo solo. *(Se pone cómodo.)* Uff, creí que se me había escapado, no había nadie en el andén. ¿Ya ha pasado el revisor?

BLUMEMBERG- Pardon?

CALDERÓN- Que si ya ha pasado el... Francés, ¿eh? ¿De dónde?, si no es impertinencia.

BLUMEMBERG- *(Sin abandonar la lectura.)* Lourdes.

CALDERÓN- ¡Lourdes! Qué barbaridad. *(Tiende la mano a Blumemberg, olvidando que éste no puede verla.)* Mi nombre es Juan.

BLUMEMBERG- Jules.

CALDERÓN- Qué barbaridad, Jules. *(Saca una petaca. Ofrece a Blumemberg.)* ¿Un purete?

BLUMEMBERG- Non, merci. *(Calderón saca un puro. Blumemberg reacciona al ruido de la cerilla sobre el raspador.)* On ne peut pas fumer ici.

CALDERÓN- Perdón. *(Guarda el puro. Pausa. Traslada alguna pertenencia desde una plaza al maletero.)* Voy a despejar esto, que ahí fuera pone todo reservado. Si seremos tontos... Pues no estamos con luz eléctrica pudiendo... *(Descorre la cortina de la ventana.)*

BLUMEMBERG- *(Reaccionando al ruido de la cortina.)* J'aimerais mieux la laisser comme ça.

CALDERÓN- *(Corriendo la cortina.)* Perdón, perdón. Claro, por los ojos. *(Silencio. Se toca los huevos.)* Conque Lourdes, ¿eh? Qué barbaridad. Tiene que ser impresionante. Dicen que la Virgen...

BLUMEMBERG- *(Señalando el libro.)* Je voudrais lire un peu.

CALDERÓN- Perdone, perdone.

(Blumemberg vuelve a su lectura. El tren echa a andar, se llena de luz natural. Calderón apaga la eléctrica. Silencio.)

CALDERÓN- Jodido, ¿eh?, con el tacto. *(Silencio.)* ¿Hay revistas porno en Braille? Para chuparse los dedos, ¿no? *(Risotada. Blumemberg muestra su fastidio.)* No se enfade, hombre. *(Calderón coge el libro.)* Me permite... A ver si... *(Palpa la portada.)* Ni puta idea qué pone.

BLUMEMBERG- "Herman Melville". "Benito Cereno".

CALDERÓN- "Benito Cereno"... ¿No es ésa la del marino que mata a su jefe? No, ésa es "Billy Bud". "Benito Cereno"... Ya sé, la del capitán al que la tripulación se le vuelve pirata. Esperando ocasión de salvar el barco, Benito Cereno hace creer a todos que

también él se ha hecho pirata. Y finge tan bien que hasta los buenos creen que él está con los malos. Benito Cereno, el falso pirata.

(Silencio. Calderón observa a Blumemberg. Éste saca una muñeca del maletín.)

CALDERÓN- Para la nietecita, ¿eh?

BLUMEMBERG- *(Frotando la muñeca con un trapo.)* Pas cadeau. Travail.

CALDERÓN- ¿Trabajo? ¿Cómo trabajo?

(Blumemberg abre el maletín. Una hoja está llena de muñecas; la otra, de pistolas de juguete.)

CALDERÓN- Aaah. Es usted...

BLUMEMBERG- Je représente "La Fontaine Société Anonyme".

CALDERÓN- Tiene que ser jodido, usted perdone. Trabajar de representante en esas condiciones. ¿O no es usted ciego al ciento por ciento? *(Calderón toma una de las pistolas, la apunta contra Blumemberg. Éste no reacciona.)* Y ahora va a...

BLUMEMBERG- Berlin.

CALDERÓN- Qué casualidad. Yo también. ¿Ya conoce el jodido lugar?

BLUMEMBERG- Pas encore.

CALDERÓN- Yo tampoco. Dicen que es guapo, sobre todo el Este. Supongo que no puede dejar indiferente a un francés. ¿Cuántas veces les han frito el país?

BLUMEMBERG- Trois ou quatre.

CALDERÓN- Gente siniestra esos alemanes. Son como robots con deseo. Yo los defino así.

Blumemberg- Des robots désirants?

CALDERÓN - Exacto. Un alemán es un robot que conoce el deseo. No crea que me hace gracia. Berlín, digo. Un trabajo bien pagado, que si no... (*Aparta un poco la cortina.*) Hace un día magníf...

BLUMEMBERG- (*Interrumpiéndole.*) S'il vous plait.

CALDERÓN - Perdón. (*Suelta la cortina.*) Así que rumbo a Berlín, a venderles muñecas y pistolitas a esos hijosdeputa. Ustedes les llaman boches, ¿no?

BLUMEMBERG- (*Distraído.*) Boches, oui.

CALDERÓN - (*Tomando una muñeca.*) Ojalá les cuele muchas a esos cabrones, se lo deseo de todo coraz... (*La muñeca canta en francés, sobresaltándole.*) ¡Pero si las pía! Es cojonuda, le rozas el chochito y se alborota, hay que joderse con la muy zorra, señor...

BLUMEMBERG- Violet. Jules Violet.

CALDERÓN - Una idea de putísima madre, señor Violet. Se las van a quitar de las manos, con lo que les gusta tocar huevos a esos capullos. (*La muñeca desafina. Calderón la agita.*) No la habré jodido.

BLUMEMBERG- Appuyez sur le bouton.

CALDERÓN - ¿Botón? ¿Qué botón?

(*Blumemberg le arrebató la muñeca y hace que deje de cantar.*)

CALDERÓN - Y en España, ¿ha vendido muchas?

BLUMEMBERG- Pas beaucoup. Plus au Portugal.

CALDERÓN - Subió en Lisboa.

BLUMEMBERG- Oui.

(*Bruscamente, oscuro.*)

CALDERÓN - ¿Qué coño? Se fundió el sol.

BLUMEMBERG- Les Pyrinees.

(Luz y sombra como si el tren atravesase una zona de túneles cortos.)

CALDERÓN - Aaaah, los Pirineos. ¿No se le encoge el corazón? El champagne, la patrie, le foie-gras. *(Túnel largo.)* Se emocionan más sus zorritas de plástico. Como que son franchutes y usted no.

BLUMEMBERG- Quoi?

(El tren sale del túnel. Aprovechando la oscuridad, Calderón ha ganado la espalda a Blumemberg. Blumemberg, asustado, se vuelve, pierde las maneras de ciego.)

CALDERÓN - Usted no es Jules Violet.

(Oscuridad de túnel.)

II

(Pistola en mano, sigiloso, Blumemberg entra en un lugar oscuro. Tantea hasta dar con un interruptor de luz. Iluminado, el lugar resulta ser un sótano. Entre otros herrumbrosos objetos ferroviarios, el sótano almacena viejos cartelitos como los que solían colgarse de los trenes para indicar el punto de partida y el de llegada –"Prag", "Warschau", "Stalingrad", "Auschwitz"...-. Cuando está seguro de que no hay nadie en el sótano, Blumemberg hace una seña a Calderón. Calderón entra cargado con el equipaje de ambos. Blumemberg cierra la puerta y la bloquea. Calderón mira a Blumemberg como si no entendiese nada.)

CALDERÓN - ¿Dónde está Silesius? Se suponía que iba a estar en el andén, esperándonos. La estación parece abandonada. Sólo hay niños jugando. ¿Por qué nos escondemos? ¿De quién? ¿Dónde estamos? ¿Sobre una torre o bajo las escaleras mecánicas? ¿Encima de las cocheras o a cien metros bajo tierra? ¿Encima o debajo? ¿En un margen o en el centro? ¿Dentro o fuera de la estación?

BLUMEMBERG- *(Con acento alemán argentinado.)* Andá al doce de Alt Moabit. Traé acá a Silesius.

(Perplejidad de Calderón.)

CALDERÓN - Y ahora me habla en castellano.

BLUMEMBERG- No puedo hablar alemán en Berlín. Todavía no.

(Perplejidad de Calderón.)

CALDERÓN- ¿Quién es usted realmente?

(Blumemberg saca un plano de Berlín de los años treinta del siglo XX.. Señala un punto.)

BLUMEMBERG- Silesius vive acá, en el doce de Alt Moabit. Traelo.

CALDERÓN - ¿De cuándo es este plano?

BLUMEMBERG- Decile que ya estoy en Berlín. Que he vuelto.

(Desbloquea la puerta. Calderón vacila. Sale con el viejo plano. Blumemberg bloquea la puerta.)

III

(En el tren, como al final de I. Al principio, luces y sombras como si el tren atravesase una zona de túneles cortos. Blumemberg apunta a Calderón con una de las pistolas.)

CALDERÓN - *(Extrañado, alzando las manos.)* ¿No es usted...? Mi nombre es Calderón, Juan Calderón, ¿quiere ver mi contrato? *(Se mueve para sacarlo, pero el gesto amenazante de Blumemberg le hace rectificar.)* Lo juro: soy Juan Calderón, su traductor.

BLUMEMBERG- *(Muy sorprendido.)* Mein Übersetzer?

CALDERÓN - ¿No le explicaron? ¿Que vamos a viajar juntos hasta Berlín?

(Pausa.)

BLUMEMBERG- (Mirando las manos de Calderón, imperativo.) Nochmals, auf Deutsch.

CALDERÓN - ¿Cómo?

BLUMEMBERG- Auf Deutsch.

CALDERÓN - No hablo alemán. ¿No se lo advirtió Silesius?

BLUMEMBERG- Sie können kein Deutsch. *(Apunta a la cabeza de Calderón.)*

CALDERÓN - No se lo oculté a los agentes de Silesius. Dijeron que nos arreglaríamos en castellano, que usted lo habla perfectamente... Soy su traductor, se lo juro, doctor Bernstein.

(Pausa. Blumemberg ríe como si hubiera estado de broma. Calderón baja las manos, mientras el otro guarda la pistola.)

CALDERÓN - ¿Hace a menudo estas bromas? ¿O lo ha preparado en mi honor, el número del cieguito con pistola?

BLUMEMBERG- Sie sprechen kein Deutsch.

CALDERÓN - Lo entiendo, y lo leo, claro, pero no lo hablo. No consigo hablarlo. Mi boca lo rechaza. Incluso escucharlo me hace daño. Su sonido. Hay algo en mí que rechaza ese idioma.

BLUMEMBERG- Ich werde nur auf Deutsch sprechen.

(Calderón entenderá paulatinamente mejor a Blumemberg. Pero ahora transcurre un rato antes de que replique.)

CALDERÓN - Debo de haber entendido mal.

BLUMEMBERG- Was hast du verstanden?

CALDERÓN - He entendido: "Hablaré sólo en alemán".

BLUMEMBERG- Genau.

CALDERÓN - Debieron advertirme de su buen humor. Supongo que va en mi sueldo aguantar payasadas. Pero que me maree en alemán sabiendo hablar cristiano...

BLUMEMBERG- *(Intranquilo, porque el tren pierde velocidad.)* Er fährt zu langsam. Immer langsamer.

CALDERÓN - Tiene razón, estamos parando.

(El tren se detiene.)

BLUMEMBERG- *(Cogiendo el bastón.)* Ist das in Ordnung?

CALDERÓN - *(Corriendo la cortina cuanto se lo permite Blumemberg.)* Estamos en medio del campo. Tendremos avería.

(Blumemberg es sobresaltado por un puño que golpea el cristal. Desde allí viene una voz en francés.)

BLUMEMBERG- *(Apartándose de la ventana.)* Wer ist dieser Mann? *(Más alarmado, por el creciente griterío en francés.)* Was ist los?

CALDERÓN - *(Mirando por la ventana.)* Deben de ser esos huelguistas. Como nos hayan cortado la vía... ¿Qué opina usted?, ¿es moral una huelga de ferroviarios? ¿Y las de médicos? Las desaprobó, digo yo, para usted la medicina no es negocio, un doctor que se va a Latinoamérica a arrimar el hombro... Yo me tomo la vida de otro modo. Ya sé que los niños sufren, pero no puede uno pasarse la vida pensando en el sufrimiento de los niños...

(Una pedrada rompe el cristal. Los dos se tiran al suelo. El tren reanuda su marcha mientras las pedradas arrecian. Cuando se sienten seguros, se incorporan, se tranquilizan. Blumemberg come un yogur.)

CALDERÓN - Cómo está Europa, ¿eh? Debe de haber cambiado mucho desde que usted emigró.

BLUMEMBERG- Mir gefallen deine Hände nicht.

CALDERÓN - Perdona, pero, si vamos a trabajar juntos, tendrá que hablarme más despacio.

BLUMEMBERG- Deine Hände.

CALDERÓN- Mis... ¿mis manos? *(Las mira, extrañado.)*

BLUMEMBERG- Sie sind nicht die Hände meinen Übersetzer.

CALDERÓN - Los agentes de Silesius no me las examinaron.

BLUMEMBERG- Bist du Jude?

CALDERÓN - Tampoco eso me lo preguntaron.

BLUMEMBERG- Bist du es?

CALDERÓN- Los hay por todas partes, ¿verdad? En los grandes bancos, en los gobiernos, en los trenes. Siempre habrá judíos. *(Se mira las manos.)* ¿Cree que se puede reconocer a un judío por las manos? Entre un millón de hombres, yo puedo distinguir a un alemán por la sonrisa.

BLUMEMBERG- Wie so?

CALDERÓN- Sonríen ustedes como cadáveres. También el cieguito Violet, vendedor de juguetes. *(Coge el bastón y las gafas e imita a Violet.)* "Paris, mon amour, Robespierre..." Yo lo retocaría un poco. Sobre todo, evitaría sonreír. *(Borra la sonrisa a Violet.)* "Le croissant, le champagne, le foie-gras..." *(Abandona el disfraz.)* Pero no

estamos aquí para hacer teatro. Silesius me paga cien dólares la página. Tenemos unas cuantas horas hasta Berlín. *(Abre su máquina de escribir.)* Vamos a trabajar.

(Blumemberg cierra la maleta de Calderón.)

IV

(En el sótano. La puerta sigue bloqueada. Blumemberg, solo, se siente amenazado por cada ruido y por cada silencio. Hasta que al otro lado de la puerta suenan golpes con aspecto de contraseña. Pistola en mano, Blumemberg desbloquea la puerta, pero la vuelve a bloquear en cuanto Calderón entra. Blumemberg mira expectante a Calderón hasta que éste rompe a hablar.)

CALDERÓN - Polvo somos y en polvo nos convertiremos, ¿verdad? Nuestras vidas son los ríos que van a dar al océano, que es como si dijéramos morir, pero en metáfora, ¿no es cierto? Todo se acaba. Mis cien dólares por página, mis habanos, el coñac se acabó, ¡y las mujeres! ¿Tiene idea de cuánto cuesta una mujer? ¿Y un yogur?, ¿lo sabe, cuánto cuesta?, diga un número. *(Saca un yogur. Lo espachurra sobre Blumemberg.)* Pulvis sumus. Ni un yogur, ni una hembra y, sobre todo *(Saca un folio mecanografiado roto.)*, NI UNA PALABRA MÁS. *(Tira el folio a Blumemberg.)* Se murió. Se nos murió. Estamos muertos.

(Pausa. Blumemberg niega con la cabeza.)

CALDERÓN- Sí.

(Blumemberg niega más violentamente.)

CALDERÓN- "Silesius vive en el doce de Alt Moabit. Decile que ya estoy en Berlín. Que he vuelto". Por toda la ciudad, gitanos arrastrando trozos de vía, semáforos, guardagujas... *(Señal de impaciencia de Blumemberg.)* Encontré el doce de Alt Moabit. Un perro envenenado en el jardín; una ventana rota; sangre sobre las teclas del piano.

BLUMEMBERG- Sos nuevo en Berlín. Te confundiste de casa.

CALDERÓN - Por eso no estaba en el andén.

BLUMEMBERG- Mein Silesius. (*Mueve la cabeza, negándose a aceptar.*)

CALDERÓN - En un hoyo, ahí debe de estar su Silesius. Bajo una lápida que pone: "Pulvis sumus".

BLUMEMBERG- No.

CALDERÓN - Nos clavan la tapa, ¿no oye los golpes? Paletadas de tierra. Estamos bajo tierra.

BLUMEMBERG- ¿Sólo viste sangre? No viste su cuerpo, ¿verdad? Tenés que encontrarlo.

CALDERÓN - ¿Tengo qué? ¿Sacarlo de no sé qué lugar difunto o desangrándose y traerlo a este agujero no sé dónde para que usted le charle en qué idioma? Mejor subo a cualquier tren, antes de meterme en algún lío. (*Toma su equipaje.*)

BLUMEMBERG- No podés marchar. Tenés un contrato, ¿qué clase de profesional sos?

CALDERÓN - Precisamente: no trabajo gratis. ¿Por qué traducir una frase más? Con muertos no hay contratos.

BLUMEMBERG- Silesius te pagó un anticipo.

CALDERÓN - (*Sacando dinero, que tira al suelo.*) Hágame el favor de devolvérselo. (*Va a salir.*) Quién sabe, Bernstein, quizá volvamos a encontrarnos. Quizás un día, en un tren cualquiera...

BLUMEMBERG- (*Interponiéndose entre Calderón y la puerta.*) Silesius está vivo, lo sé. Tenés que buscarlo.

CALDERÓN - ¿Por qué no lo busca usted? Es su ciudad.

BLUMEMBERG- Si me ayudás, mis amigos te cubrirán de oro.

CALDERÓN- ¿Sus amigos? No vinieron a la estación a recibirlo. Deben de estar todos en la cárcel. (*Va a salir.*)

BLUMEMBERG- Vos serás el autor del libro. (*Calderón le mira sin entender. Blumemberg recoge el folio roto.*) Un libro de vos. Vos lo firmarás. (*Le ofrece el folio.*) Un libro de Juan Calderón.

CALDERÓN- El sueño de la puta: un amor verdadero. ¿Cuántas veces voy a tener que explicárselo? Hölderlin, Feuerbach, Schopenhauer... De ellos, la mía es la última palabra. No necesito un libro de Juan Calderón. (*Mira el folio.*) Y no es que las frases que he traducido del suyo no me parezcan... (*No encuentra la palabra.*) interesantes...

BLUMEMBERG- ¿Frasas interesantes? (*Le quita el folio.*) Necio, ¿cuántas necesitarás para temblar, para llorar? No, vos no lo firmarás. Subí al primer tren. Ni siquiera merecés ser el traductor. Ni el traductor del traductor.

CALDERÓN- ¿Qué libro es ése, tan superior a mí?

BLUMEMBERG- El último libro de Blumemberg.

V

(*En el tren, como al final de III.*)

BLUMEMBERG- Du steigst in Paris aus.

CALDERÓN- No se me ha perdido nada en París. Silesius me ha reservado plaza hasta Berlín. (*Se instala.*) Con franqueza, su actitud no se corresponde a la idea que me había hecho de usted. La primera vez que acepto un trabajo a ciegas, y empiezo a lamentarlo. Sepa que he traducido a los mejores: Goethe, Lutero...

BLUMEMBERG- Mein Buch darf nur auf Deutsch gelesen werden.

CALDERÓN- Silesius no opina igual. (*Como está empezando a llover, intenta tapar el agujero de la ventana; habrá luego truenos y relámpagos.*) Silesius cree que ese tratado suyo también se puede leer en español. Se le ha antojado el libro de un médico metido a

filosofías y que se traduzca al español y que se haga precisamente en Berlín. Qué más da qué se le antoje si paga la tinta como coñac y el papel a precio de tabaco. Beber, fumar a la salud de un caprichoso... ¿Avisamos al revisor? Que arreglen esto, o que nos cambien, hay mucho compartimento vacío.

BLUMEMBERG- Deutsch ist der Heimat der Sprache. (*Se arrepiente de haberlo dicho. El tren se interna en zona de bosque espeso.*)

CALDERÓN- Esa frase es de Blumemberg: "El alemán es la patria del lenguaje". ¿Lee usted a Blumemberg? No resulta fácil hoy. Cuando usted vivía en Berlín, Blumemberg era el filósofo de moda, ¿no es cierto? ¿Escuchó alguna de sus célebres conferencias radiofónicas?

BLUMEMBERG- Nein.

CALDERÓN- Un indeseable, pero listo. "El alemán es la patria del lenguaje". Así empieza su conferencia "Sobre la no traducibilidad de la Tercera Elegía de Hölderlin", ¿la conoce? (*De algún modo, tapa el agujero.*) Durante décadas, Blumemberg tuvo razón, pero hace una semana...

(Sobresaltado, Blumemberg coge el bastón.)

CALDERÓN- ¿Algo le inquieta?

BLUMEMBERG- Hast du es gehört?

CALDERÓN- No he oído nada.

BLUMEMBERG- Es gibt jemanden im Flur.

CALDERÓN- Debe de ser esa mujer.

BLUMEMBERG- Eine Frau?

CALDERÓN- Ayudé a subir a una cieguita. Parecía auténtica.

BLUMEMBERG- Wo ist sie?

CALDERÓN- Se quedó en el compartimento de al lado... ¿Qué estaba por decirle? Sí: hace una semana cerré traducción de la Tercera Elegía de Hölderlin. ¿Se la recito?

BLUMEMBERG- Sprich über dieses Weib. (*Se desabrocha la camisa.*)

CALDERÓN- "Weib"? Habla usted alemán de no sé qué siglo. "Weib".

BLUMEMBERG- Wie ist diese Frau?.

CALDERÓN- Antipática. La ayudé a subir, pero no dijo gracias, no tiene cara de saber decir gracias. (*Fascinado, descubre el torso de Blumemberg, lleno de cicatrices.*)

BLUMEMBERG- Hatte sie eine Blume im Haar? (*Se quita el pantalón. Una de sus piernas es artificial.*)

CALDERÓN- Justo. Una rosa amarilla aquí. (*Señala una zona de su cabeza.*)

BLUMEMBERG- (*Estirando la pierna falsa.*) Hilf mir. (*Calderón se inclina hacia la pierna.*) Zieh kräftig! (*Calderón tira de la pierna y se queda con ella en las manos.*) Ruf sie.

CALDERÓN- Cómo que la llame?

BLUMEMBERG- Silesius hat mir eine Blinde mit galben Rose versprochen.

(*Pausa.*)

CALDERÓN- ¿No se lo va a avisar?

BLUMEMBERG- Was?

CALDERÓN- A la ciega que le manda Silesius. Antes de tocarla. ¿No le dirá que le falta una pierna?

BLUMEMBERG- Sie sieht nichts.

CALDERÓN- Aunque no vea, debería avisárselo.

BLUMEMBERG- Schweig und ruf sie.

CALDERÓN- ¿La llamo y me quedo mirando? ¿O me la casco en el pasillo?

BLUMEMBERG- Ruf sie!

CALDERÓN- Yo valgo cien dólares la página, ¿qué precio tiene ella? Yo cobré un anticipo, ¿y ella? *(No sabe qué hacer con la prótesis; acaba colgándola en cualquier lugar. La prótesis se bambolea con el movimiento del tren.)* Escuche, Bernstein, ni follando hasta Berlín se le va a pasar el miedo.

BLUMEMBERG- Angst? Wovor?

CALDERÓN- ¿Cuántas horas ante la página en blanco? Cuánto esfuerzo, cuánto sufrimiento. Y, de pronto, cada palabra puede ser mejorada.

BLUMEMBERG- Bist du mit dem Rütteln verrückt geworden?

CALDERÓN- Por eso tanto afán por parecer desagradable, para que me harte y rompa mi contrato. Porque me teme.

BLUMEMBERG- *(Despectivo.)* Ich denke nicht an dich.

CALDERÓN- No se atreve a dejarme trabajar. Que mi traducción sea mejor que su libro, eso le da pánico.

BLUMEMBERG- *(Más despectivo.)* Ich sehe dich nicht.

CALDERÓN- Le da miedo mirarme. Le doy miedo. Yo, el traductor de Bernstein.

(Furioso, Blumemberg se pone la pierna y se viste. Calderón saca la máquina de escribir.)

CALDERÓN- Bien. ¿Dónde está el libro?

BLUMEMBERG- "Der Feind ist unsere einzige Frage als Gestalt".

CALDERÓN- ¿Perdón?

BLUMEMBERG- Der ersten Satz.

CALDERÓN- ¿La primera frase?

BLUMEMBERG- Es wird so gemacht werden: Satz für Satz.

CALDERÓN- Acostumbro leer el libro entero antes de traducir una pala...

BLUMEMBERG- (*Interrumpiéndole, haciéndole gesto de que escuche un ruido.*) Folgt ein Wagen den Zug?

CALDERÓN- (*Mirando por la ventana.*) No, no nos sigue ningún automóvil. (*Blumemberg cierra la ventana.*) Como le decía, sólo cuando la contemplo como un todo, sólo entonces puedo traer la obra a mi idioma. Hágame el favor. (*Tiende la mano, como pidiendo el libro.*)

BLUMEMBERG- Ich wiederhole: "Der Feind ist unsere einzige Frage als Gestalt".

CALDERÓN- Está bien, si cree que es lo justo, tampoco usted lo leyó entero antes de escribirlo. Lo haré frase a frase. ¿Ni siquiera me dejará verlo por fuera?

BLUMEMBERG- Du siehst es jetzt.

CALDERÓN- ¿Dónde?

BLUMEMBERG- (*Señalándose la cabeza.*) Hier.

CALDERÓN- ¿Lo sabe Silesius? ¿Que a Bernstein se le rompe el cráneo y adiós libro?

BLUMEMBERG- Silesius weiß alles.

CALDERÓN- ¿Y la última frase? ¿Tampoco ésa va a decírmela?

BLUMEMBERG- Letzten Satz gibt es noch nicht.

CALDERÓN- ¿Cómo que todavía no hay última frase? ¿Qué broma es ésta? ¿Tiene o no tiene el libro?

BLUMEMBERG- Ich lebe dafür, um das Buch in Erinnerung zu bringen.

CALDERÓN- ¿Un libro que olvidó y está recordando, eso voy a traducir? ¿Frase a frase? Extraño trabajo. *(Pausa.)* ¿Tengo derecho a saber cuánto supone que le falta? ¿Una frase? ¿Un millón de frases? *(De repente, mira por la ventana. Ríe.)*

BLUMEMBERG- Worüber lachst du?

CALDERÓN- Me pareció ver un ojo.

BLUMEMBERG- Ein Auge?

CALDERÓN- Un ojo enorme. Como si nos mirase gente. Niños. Como si fuésemos pasajeros de un tren de juguete. *(Se sienta ante la máquina Habla con dificultad:)* "Der Feind ist unsere einzige Frage als Gestalt".

VI

(En el sótano, como al final de IV.)

CALDERÓN- ¿El último libro de Blumemberg?

BLUMEMBERG- Tomá el primer tren.

CALDERÓN- ¿Le tocó en una tómbola? ¿Se lo compró a un trapero?

BLUMEMBERG- ¿Qué importa cómo llegó a mí? *(Al ver que Calderón, incrédulo, se va a ir.)* Blumemberg era paciente mío y...

CALDERÓN- *(Incrédulo.)* Y le pidió que se lo guardase. A un sujeto como usted.

BLUMEMBERG- Blumemberg me encargó que lo escondiese.

CALDERÓN- Cambie de farol, Bernstein. ¿No sabe que el libro ardió con Blumemberg en el último bombardeo de Berlín? (*Va a salir.*)

BLUMEMBERG- Unos dicen que Blumemberg ardió con el libro. Otros, que lo ametrallaron los yanquis mientras explicaba a Nietzsche. ¿Creés todo lo que se cuenta de él? Nunca encontraron su cuerpo. Aquellos payasos del Tribunal de Crímenes contra la Humanidad sentaron entre los demás acusados un muñeco negro en representación de Blumemberg. ¿Querés saber la verdad? El libro ardió, Blumemberg no, ni su memoria. Los dos, Blumemberg y su memoria, están otra vez en Berlín.

(*Se miran.*)

CALDERÓN- Quiere hacerme creer que usted...

BLUMEMBERG- Silesius me sacó de Europa. Me llevó a Argentina. Cuidó de mí.

CALDERÓN- El doctor Bernstein, el ciego Violet... ¿disfraces? Blumemberg vuelve a Berlín, no encuentra a su protector, así que se esconde en un agujero. Y es que tiene miedo, incluso de los niños tiene miedo. Tiene tanto miedo que disfraza hasta el idioma.

BLUMEMBERG- Si me oyesen hablar alemán, me reconocerían al instante.

(*Calderón ríe como si hubiese oído algo absurdo.*)

CALDERÓN- Es un impostor de pacotilla. ¿Cree que Blumemberg se comportaría así? ¿No se ha enterado de que el tribunal declaró a Blumemberg no culpable?

BLUMEMBERG- Muy pronto, yo seré el juez. Mis escritos aún circulan sin firma, pero muchos los buscan a la salida de las iglesias y de las fábricas, y saben que es Blumemberg quien les habla. Hay miles de jóvenes ahí fuera que se transmiten mi nombre en voz baja. Cerca está el día en que me aclamarán. Pero aún no es la hora. Todavía no.

CALDERÓN- Tonterías. Puede salir y chillar (*Pronunciando mal.*): "Ich bin Blumemberg". Nadie le hará daño, porque nadie le tomará en serio.

BLUMEMBERG- ¿No viste los ojos de esos niños cuando bajamos del tren? ¿No viste cómo me miraron? Como si saliese del fondo de una pesadilla. Si reconociesen mis manos, mi voz... Los que mañana me amarán, hoy me matarían.

(Pausa. Calderón observa a Blumemberg.)

CALDERÓN- Usted es el doctor Bernstein. Tiene que ser Bernstein.

BLUMEMBERG- Preguntame por la vida de Blumemberg: dónde enterré a mi padre, dónde engendré a mi hijo. *(Se desabrocha la camisa.)* Pedime fecha de cada herida.

CALDERÓN- Aun si usted conociese cada sueño de Blumemberg...

BLUMEMBERG- Podría ser un impostor. Pero si fuese Blumemberg... De vos sería el libro capaz de gobernar millones de almas. Palabras de vos darían sentido a la vida y la muerte de pueblos enteros. *(Habla a Calderón al oído; pone ante él el folio.)* Serías dueño de la vida y la muerte.

CALDERÓN- *(Apartándose del folio.)* Hay una vieja amistad entre la muerte y Blumemberg. ¿No llamaron al libro "La Biblia de la violencia"?

BLUMEMBERG- ¿Quiénes lo llaman así? Los responsables del sufrimiento del mundo. Quisieron manchar mi nombre porque mi nombre hizo temblar al siglo. Todo lo que han hecho después confirma lo que entonces escribí: este gigantesco campo de escombros donde sólo Dios cuenta las víctimas, esta enorme batida de inocentes. Durante años, yo renuncié a toda relación con los hombres. Pero si vuelve a haber esperanza, mi misión es despertar vocaciones. No entre esas almas de tendero que se sienten libres porque cada cuatro años echan un papel en una caja y creen que eso es el pueblo, una suma de votos rota en partidos. Yo pienso en otra raza, y creeme, sólo hay otra raza. ¿No ha llegado hasta vos el rumor de una sublevación universal? En todo el mundo se está formando una aristocracia de corazones que buscan una libertad nueva y que se sacrificarán por los demás, hasta por el más cobarde. Sólo esos hombres pueden hacerse cargo del pasado y del futuro y asumir la responsabilidad de un relámpago que atraviese la sombra, de una gran explosión que purifique esta ciénaga, sólo ellos harán el corte más profundo. No habrá compromisos, ni pactos. Cada hombre habrá de ser héroe o criminal, el tiempo de la indecisión se está acabando. Todos estarán en el campo de

batalla, y el campo estará lleno. Llegará lo que ningún redentor se atrevió a soñar: un paraíso sin sangre. Mi libro es una llamada a todo aquel que ame al hombre. Será leído antes del diluvio, y no después, como mis enemigos quieren. Mis palabras han deseado tanto la hora de volver... (*Mostrando sus manos.*) Están aquí, entre mis manos.

(*Pausa.*)

CALDERÓN- Un hombre escribiendo un libro que se quemó. Eso es casi un fantasma. (*Alejándose de Blumemberg.*) Sólo Hitler lo leyó. Lo escribió para él.

BLUMEMBERG- ¿Por qué mencionás ese nombre?

CALDERÓN- Cuentan que ofreció a Hitler el libro a cambio de la vida de un hombre y él no aceptó. Entonces, le ofreció la mitad del libro a cambio de diez hombres y él no aceptó. Le ofreció la mitad de la mitad a cambio de cien hombres y él...

BLUMEMBERG- Él murió hace mucho tiempo.

CALDERÓN- He visto fotos. Hitler partiendo el pan de la señora Blumemberg, el Hitler jugando con el hijo de Blumemberg, Hitler leyendo el libro de Blumemberg... Usted estuvo al lado de esa bestia.

BLUMEMBERG- Era una bestia, pero sus manos...

CALDERÓN- ¿Es eso su libro? ¿Las manos de Hitler y la voz de Blumemberg?

BLUMEMBERG- A través de sus ojos, Alemania leyó mi libro. Hablándole a él, hablé a cada alemán al oído. Pero él ha muerto. Mi libro está vivo.

CALDERÓN- ¿Le hablaba al oído cuando quemó el parlamento? Dachau, Auschwitz... ¿estaba la voz de Blumemberg detrás del fuego?

BLUMEMBERG- Yo diseñé la ciudad de Dios. ¿Soy culpable de cómo otros pusieron los ladrillos?

CALDERÓN- Jure que, siendo rector, no expulsó a los catedráticos judíos. Jure que no prohibió citar a autores judíos. Que no quemó libros de filósofos judíos en el patio de la universidad. He leído...

BLUMEMBERG- ¿Has leído qué?, ¿quién puede escribir sobre el alma de Blumemberg? (*Le tiende el folio.*) Mi libro tiene respuesta a todas tus preguntas. Él te dirá mi verdad.

(*Calderón toma el folio con repugnancia y atracción, quiere huir y quedarse.*)

CALDERÓN- (*Leyendo.*) "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma".
BLUMEMBERG- Dejá que mis palabras te hablen. (*Calderón aparta la vista del folio; Blumemberg le obliga a mirarlo.*) ¿Te da miedo ser el traductor de Blumemberg? No cualquiera puede mirar el rostro de Dios. Miralo como un templo, estás entrando en un templo. Es el destino de la Humanidad, el día de la ira, el Juicio Final. Entrá al juicio del mundo. El libro final, todos los libros, el primer libro de la nueva Humanidad. Todas las voces, una lengua nueva, un enorme silencio. Tenés tanto que ganar... El mundo a cambio de casi nada.

CALDERÓN- ¿Qué ocurrirá si encuentro a Silesius? ¿Cómo sé que usted no se olvidará de mí? ¿Y cómo sabe que yo no le venderé en cuanto salga por esa puerta? Sus enemigos me cubrirían de oro.

BLUMEMBERG- Siempre querrás venderme, pero siempre volverás. Para que yo te dé otra frase. A cambio, encontrarás a Silesius. Es urgente, esos niños pueden habernos visto entrar. (*Extiende el viejo plano de Berlín.*) Empezá por el Oeste, por Charlottenburg. En Charlottenburg hay un puente. Desde arriba ves a la gente muy pequeña caminando por Bismarckallee. De niño yo iba allí los domingos. Miraba a la gente y me decía: "Cuánto dolor. Están esperando a Blumemberg". El otro extremo del puente da a un parque. En el parque hay una estatua de Wagner, nicht weit weg, gegenüber der... frente a la Rostlaube.

CALDERÓN- (*Localizándola en el plano.*) Die Rostlaube.

BLUMEMBERG- (*Evocador.*) La Rostlaube.

(*Calderón va a salir con el plano. Antes de hacerlo, se vuelve hacia Blumemberg.*)

CALDERÓN- Nunca me dé una frase falsa.

VII

(En el tren. Folios estrujados y envases de yogur por el suelo. Calderón, ante la máquina, arruga folio tras folio sin teclear.)

CALDERÓN- "Der Feind ist unsere einzige Frage als Gestalt". *(Pausa.)* "Der Feind ist unsere einzige Frage...". *(Pausa.)* "Der Feind ist...". *(Pausa.)* "Der Feind...".

(Calderón intenta hablar, pero no articula palabra. Arranca el folio de la máquina, lo estruja y lo tira al suelo. Cierra la máquina y empieza a hacer su equipaje.)

BLUMEMBERG- Sobald ich dich sah, habe ich es gewußt: ein Feigling.

CALDERÓN- Ningún traductor del mundo trabajaría así.

BLUMEMBERG- Silesius hat mir einen Feigling gesendet.

CALDERÓN- Es a mí a quien Silesius ha jodido, metiéndome con usted en este tren del demonio.

BLUMEMBERG- Ein hundret Dollars jede Seite. *(Mira el folio en blanco.)* Teuere Hure.

CALDERÓN- No me toque los huevos. Ningún traductor del mundo...

BLUMEMBERG- *(Asustado.)* Jemand schriet.

(Calderón observa el pasillo.)

CALDERÓN- No hay nadie fuera. Nunca hay nadie. Tres veces he salido a mear. El váter siempre libre. En el vagón restaurante sólo come la cieguita. Ni un solo camarero. Si al menos apareciera el revisor... El tren para y nadie en el andén, nunca sube nadie. *(Una vez hecho su equipaje, se sienta a esperar.)*

BLUMEMBERG- Worauf wartest du? Steig aus.

CALDERÓN- ¿Bajarme en marcha? ¿Quiere que me tronche el cuello?

BLUMEMBERG- Halt den Zug an.

CALDERÓN- ¿Más bromitas?

(Blumemberg coge el freno de alarma.)

CALDERÓN- No tiene gracia.

(Blumemberg tira del freno de alarma. El tren descarrila. Blumemberg y Calderón ruedan por el suelo.)

CALDERÓN- ¿Ha perdido el juicio? ¡Hemos podido matarnos! *(Blumemberg parece muerto.)* ¡Bernstein! ¡Doctor Bernstein!

(Blumemberg se levanta.)

CALDERÓN- ¿Qué le espera realmente en Berlín? ¿La celda de un manicomio? ¿O es Silesius el loco? ¿Son eso usted y su libro, el delirio de un editor lunático?

BLUMEMBERG- Sei eilig.

CALDERÓN- *(Mirando por la ventana.)* Ni siquiera sé dónde estamos. Mire ese paisaje. ¿La luna?

(Blumemberg da a Calderón el equipaje de éste, invitándole a salir.)

BLUMEMBERG- Du wirst nie sagen: ich bin der Bernsteins Übersetzer.

CALDERÓN- Nunca me había sucedido. Esta impotencia. He traducido a Schlegel, a Novalis. Si al menos pudiera tocar el libro... *(Pausa.)* "Mi enemigo... El enemigo es la única pregunta formal...". *(Blumemberg niega.)* "Mi enemigo es la pregunta por...".

BLUMEMBERG- Nein, nein.

CALDERÓN- "La pregunta del enemigo... El enemigo...".

BLUMEMBERG- Du bist nicht der Bernsteins Übersetzer.

CALDERÓN- "El enemigo es...".

BLUMEMBERG- "... unsere einzige Frage...".

(El tren se pone en marcha.)

CALDERÓN- "El enemigo es nuestra única pregunta...". ¿Qué demonios signi...?

BLUMEMBERG- "...als Gestalt".

CALDERÓN- "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". Absurdo. "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". *(Sacude la cabeza. Medita.)* "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". *(Abre la máquina. Teclea.)* "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma".

BLUMEMBERG- "In der Moral ist die Entscheidung zwischen Gut und Böse die letzte".

CALDERÓN- Ésa no puede ser la segunda frase.

BLUMEMBERG- Warum? Weil er der erste aussieht? Alle meine Sätze sind der erste.

(Calderón teclea. Lee.)

CALDERÓN- No tiene sentido.

BLUMEMBERG- Noch nicht.

CALDERÓN- ¿Todavía no? ¿Cuándo?

(Un gemido de dolor viene del compartimento vecino. Calderón va hacia allí. Vuelve presuroso.)

CALDERÓN- Usted y su puto freno de alarma. Vaya a ayudar a esa mujer. Se está desangrando.

BLUMEMBERG- Sie wird in Berlin geheilt werden.

CALDERÓN- No aguantará hasta Berlín. Haga algo, doctor.

VIII

(En el sótano. Hay envases vacíos de yogur y restos de otros medios de supervivencia; también algunos libros alemanes. Blumemberg espera. Le asustan pasos y voces de niños que se acercan y se alejan al otro lado de la puerta, pero desbloquea ésta con impaciencia cuando reconoce la contraseña. Calderón entra con una bolsa. Blumemberg vuelve a bloquear la puerta. Calderón enciende un puro. El humo molesta a Blumemberg.)

CALDERÓN- Friedrichstraße, acera izquierda: dos tuertos, un chucho de lanas, siete colegialas de unos doce con trajecito marrón, todas vírgenes. Doblo por Marburgerstraße...

BLUMEMBERG- Pomeranianstraße, te lo escribí.

CALDERÓN- Preferí torcer por Marburgerstraße, ésa que hace así *(Traza una ese en el aire.)*

BLUMEMBERG- *(Extrañado, la busca en el viejo plano.)* No conozco esa calle.

CALDERÓN- Por todas partes, piquetes de ferroviarios. Ferroviarios de toda Europa han llegado a Berlín. Marcan con cinta blanca una zona, expulsan a los gitanos y prenden fuego a sus casas. Normalmente en ese orden, pero no siempre en ese orden. Toman barrios enteros en una sola noche. Escuche. *(Silencio.)* ¿Lo oye? ¿Oye el rumor del fuego?

BLUMEMBERG- *(Impaciente.)* ¿Encontraste o no ese café en Postdamerplatz?

CALDERÓN- Ya no hay plaza de Postdam.

BLUMEMBERG- No puede ser.

CALDERÓN- No existe.

BLUMEMBERG- No hay Postdamer... No me estarás engañando.

CALDERÓN- Bajo por Unter den Linden, acera derecha. Una verja, un patio. En el vestíbulo, en letras de hierro oxidado, aquella frase de Marx, que no saben dónde metérsela: "Die Philosophen haben die Welt nur verschieden interpretiert, es kommt drauf an, sie zu verändern", o como demonios se diga.

BLUMEMBERG- Así que estuviste en la universidad. Te dije que todavía no era el momento. Pero contame.

CALDERÓN- No se pierda, estoy subiendo.

BLUMEMBERG- La escalera. *(Cierra los ojos, imaginando lo que Calderón describe; éste observa de reojo los efectos de sus palabras sobre Blumemberg.)*

CALDERÓN- Primer piso. Un corredor con retratos de Einstein y gente más rara.

BLUMEMBERG- Matemáticas. Luego viene Filosofía.

CALDERÓN- Más retratos: Hegel, Schopenhauer...

BLUMEMBERG- Hubo un retrato de Blumemberg. Al final del corredor...

CALDERÓN- ... ese salón de conferencias tal como usted lo describió. Un triste disertaba sobre la mujer y la muerte.

BLUMEMBERG- ¿Sobre la mujer y...?

(Calla al oír niños sobre el techo. Hasta que los niños se alejan.)

BLUMEMBERG- Hoy ya vinieron tres veces. *(Serenándose.)* ¿Sobre la mujer y la muerte?

CALDERÓN- Cuando entré, el conferenciante estaba diciendo: "Desde el punto de vista de la muerte, la vida es la producción del cadáver".

BLUMEMBERG- Yo escribí esa frase. ¿Se atrevió a nombrarme?

CALDERÓN- Desde luego que no. Hasta los estudiantes más jóvenes bajan la mirada si les mencionas a Blumemberg. (*Se pone ante la máquina de escribir.*)

BLUMEMBERG- Hast Du...? ¿Hablaste con ellos acerca de mí? ¿Qué dicen los estudiantes sobre Blumemberg?

CALDERÓN- Dejé caer su nombre en la biblioteca. Uno me insultó y se mudó de pupitre. Otro dijo que a Blumemberg lo han metido al horno en Israel; otro, que en Chile lo rajó un indio comunista.

BLUMEMBERG- ¿Y vos? ¿Qué dijiste vos de mí?

CALDERÓN- No me quedé a decir. Me asustan, son como crías de robot esos estudiantes. Sus ojos... los ojos de los alemanes...

BLUMEMBERG- ¿Encontraste el pupitre quinientos ochenta y uno?

CALDERÓN- Vacío. Ni rastro de Silesius.

BLUMEMBERG- No lo buscás bien, no te lo tomás en serio.

CALDERÓN- ¿Y si no estuviese en la ciudad? ¿Y si se hubiese marchado?

BLUMEMBERG- ¿Silesius fuera de Berlín? Imposible. Tenemos que seguir buscando. Si es preciso, rastreamos casa a casa. No me importa esperar, llevo tantos años esperando... Mañana buscaremos en Kreuzberg. Pero decime, ¿viste mis libros en la biblioteca?

CALDERÓN- Ni una página.

BLUMEMBERG- No se atreven a enseñarlos. (*Hurga en la bolsa; saca yogures y otros comestibles. Decepcionado, deja caer la bolsa vacía.*) ¿No encontraste nada para mí? Hace mucho que no me traés nada.

(*Pausa. Calderón saca un libro y lo tira al suelo. Blumemberg lo recoge ávidamente.*)

BLUMEMBERG- (*Leyendo la portada, feliz.*) "Benito Cereno". (*Lo abre, lo hojea airado.*) En inglés. (*Lo arroja contra el suelo.*)

CALDERÓN- Vamos a trabajar. Se hace tarde.

BLUMEMBERG- ¿De verdad se hace tarde? Nunca sé si es de día o de noche. ¿Es este agujero Berlín? ¿Cuándo llegaré verdaderamente a Berlín? Me sentía mejor en el tren. Silesius compró todos los boletos para que yo viajase sin miedo. Él me sacará de esta tumba, me llevará a un sitio en que podré hablar alemán. Acá hasta dormir me da miedo, temo hablar alemán en sueños. ¿No olvidaste ninguna precaución? Ese estudiante que te insultó, ¿no te habrá seguido? Desearía tanto conversar con esos estudiantes... Muy pronto, gritarán a sus profesores: "Háblennos de Blumemberg". Hoy guardan silencio, pero ¿qué está creciendo en ese silencio? Cuando las mujeres maldicen su fecundidad y las naciones tienen por ministros a hombres que no saben leer, entonces los jóvenes necesitan a Blumemberg. Tengo que salir.

CALDERÓN- ¿Para qué? Yo voy a los lugares de Blumemberg a los que Blumemberg no puede ir.

BLUMEMBERG- De otro modo que Blumemberg. (*Mira la puerta.*) Yo encontraré a Silesius. (*Toma las gafas y el bastón. Compose el disfraz de ciego.*)

CALDERÓN- Solemne ocasión: Blumemberg vuelve a Berlín. ¿Dónde irá primero? ¿Visitará la tumba de su padre? ¿La de su hijo? ¿Por qué no se da una alegría? Lleva meses haciéndoselo en Braille. ¿Por qué no visita a sus amigas de...? ¿Cómo era el nombre que me dijo en el tren? "El Búho de Minerva". Pero cuidadito, no vaya a tropezarse con el verdadero Jules Violet. Fue en ese burdel donde lo conoció, ¿no? (*Con voz de anciano francés.*) "Blumemberg, mon vieux!".

BLUMEMBERG- No me acercaré al "Búho".

CALDERÓN- Suponga que se encuentra a Violet en cualquier calle. Violet reconoce sus pasos, su olor. (*Quita a Blumemberg el bastón y las gafas y hace el Violet.*) "Mon ami Blumemberg!".

BLUMEMBERG- Negaré que soy Blumemberg. "Me llamo Juan Calderón", diré.

CALDERÓN- Parlez vous français? Je parle un peu l'espagnol. Un po-qui-to. ¿Me ayudas a cruzar? Yo necesito un lazarillo. (*Cogiendo del brazo a Blumemberg y haciéndole caminar.*) ¿Tienes hijos?, yo vendía juguetes, uno hizo pupa a un niño. Yo tenía un amigo que olía como tú, me leía en voz alta, "Benito Cereno". Mi amigo habite à l'Argentina, con el nombre mío. C'est pas juste, un héroe de guerra, el maestro de la nación. ¿Qué era su crimen? Hablar al alma de los jóvenes. Un Sócrates. Su libro se llama "Critique de la violence".

BLUMEMBERG- Du pouvoir. " Crítica del poder". (*Se arrepiente de haber hablado. Intenta separarse de Calderón.*)

CALDERÓN- (*Reteniéndolo.*) Tu voz me recuerda tanto a mi amigo... Poder, violencia, c'est difficile la Philosophie. J'aime bien Rousseau. Bergson, pas du tout. Cuando recibieron a Bergson à l'Academie de France... Un judío en la Academia, c'est pas croyable, al menos Halévy sólo era medio judío. "Critique du pouvoir". Sólo Hitler lo leyó. ¡Es el espíritu del Führer!

BLUMEMBERG- Du weißt nichts über Blumemberg! Sprich nicht über ihn! Blumemberg kenne ich nur! (*Se descubre fuera de control. Da por concluido el juego.*) Es ist genug. Basta.

CALDERÓN- (*Deshaciendo el disfraz de Violet.*) ¿A que lo mejoré? El labio temblón, la tosecilla...

BLUMEMBERG- Sos la mierda que Silesius me metió en el tren. Nadie te teme, nadie te espera. No necesitás disfraz.

CALDERÓN- Para usted, en cambio, no hay disfraz que valga. Siempre cometerá un error. Incluso si Berlín fuese la ciudad de los ciegos... El ruido de sus pasos de cojo, su olor a azufre... Pero no se preocupe, no tiene por qué salir de aquí. Yo he fumado en los

baños del colegio de Blumemberg, he oído a Wagner en la gramola de Blumemberg. Yo follaré por usted en "El Búho de Minerva".

BLUMEMBERG- Tengo muchos amigos en Berlín, cada día son más, te darán tu merecido. *(Pausa.)* No vayás al "Búho", por favor. Prometé que no vas a ir.

(Pausa.)

CALDERÓN- Si se porta bien, mañana buscaré a Silesius en Kreuzberg. Siempre que se porte bien.

(Se sienta ante la máquina. Pausa.)

BLUMEMBERG- "Die Regel beweist nichts; die Ausnahme beweist alles".

(Calderón, tras reflexionar unos segundos, teclea. En el oscuro, el ruido de un tren que atravésase el sótano.)

IX

(En el mismo oscuro. El dictado de Blumemberg es cada vez más vacilante; el tecleo de Calderón, cada vez más firme.)

BLUMEMBERG- "Die Idee der Repräsentation ist... von dem Gedanken persönlicher Autorität... beherrscht".

(Calderón teclea.)

BLUMEMBERG- "Repräsentieren... kann nur eine Person... und zwar...".

(Calderón teclea.)

BLUMEMBERG- "...eine autoritäre Person... oder eine Idee die...".

(Calderón teclea.)

BLUMEMBERG- "... die sich ebenfalls... die sich...".

(Calderón teclea. Su tecleo es largo, independiente ya del dictado. No escucha a Blumemberg, que todavía se resiste al silencio: "... die sich... die sich.. die sich...". Por fin, Blumemberg calla y sólo se oye el tecleo de Calderón, que se va convirtiendo en el ruido de un tren que avanza. Al desvanecerse el oscuro vemos envases de yogur por todas partes. Calderón sigue tecleando sin escuchar a Blumemberg.)

BLUMEMBERG- ¿Será que bajamos del tren antes de tiempo? ¿En Berlín mil novecientos cuarenta y cinco, quizá? ¿Creés que sigue ahí fuera, nuestro tren? ¿Hay cementerios de trenes o los dejan oxidarse en las vías muertas o los descarrilan dónde? Puedo contar los trenes que atraviesan Berlín, pero no sé si pasan a la derecha o a la izquierda, encima o debajo de este lugar, parece milagro que no choquen, ¿no debería ser normal, necesaria, la catástrofe? Puedo contar las personas que se agolpan en los andenes, las oigo gritar cuando el tren se acerca, pero el tren no para, nunca para en Berlín. ¿Qué hará esa gente cuando descubran nuestro tren? Oigo la respiración de la gente en los andenes. La respiración del que abandona a su madre enferma, el que huye de su amante, el que se arrojará a la vía. Tenés que encontrar a Silesius antes de que todos se vayan, antes de que seamos los últimos habitantes de Berlín ¿Qué será de nosotros si no lo encontrás? ¿Mezclaremos nuestras cenizas? No, será peor que la muerte, no moriremos nunca. Tenés que encontrarlo antes de que estalle todo este ruido. Tengo todo el ruido de Europa en la cabeza. *(Pone la mano sobre el teclado, interrumpiendo el trabajo de Calderón, quien por fin le mira. Pausa.)* He soñado que te ibas en un tren. Yo te gritaba: "¿Dónde están mis palabras? ¿Dónde te llevás mis palabras?".

CALDERÓN- Lo sé. Lo soñó en voz alta. *(Blumemberg se asusta.)* No tema, soñaba en español.

BLUMEMBERG- Mentira.

CALDERÓN- No es la primera vez.

BLUMEMBERG- Es mentira.

CALDERÓN- "¿Dónde están mis palabras? ¿Dónde te llevás mis palabras?". En español. Una buena pregunta: ¿Dónde están las palabras de Blumemberg? Todavía nada, ¿verdad? Ni una palabra alemana.

BLUMEMBERG- Es difícil concentrarse con este ruido.

CALDERÓN- Nadie puede aún detener el ruido. Ese ruido de demolición, de rapiña, de incendio propagándose. Brotó de la estación y está ganando las calles. Pero bastaría una cabeza clara para contener el pánico de cientos que amenazan aplastarse con una angustia de animales. Bastaría un corazón enérgico para restaurar el antiguo silencio.

BLUMEMBERG- Me refería al ruido de esas teclas que aporreás día y noche como un loco.

CALDERÓN- Quisiera parar, pero no puedo. Estoy escribiendo el libro.

BLUMEMBERG- ¿Escribir vos? ¿Sin mis frases? No podés escribir sin mis frases, sólo golpear las teclas sin sentido. No podés escribir mi libro. Ni siquiera sos capaz de traducirlo. No podrás traducirme sin haber vivido una guerra, una fiesta, un banquete. ¿Oíste hablar del bosque de Klausenhof? No lo encontrarás en los mapas, pero cada palmo de esa tierra fue pagado con la vida. Cuantos libros he leído nada valen en comparación con mi uniforme. En mil novecientos dieciocho volví del frente con una cruz de hierro y veinte cicatrices. Era tan hermosa Alemania, tan bello Berlín... Si pudiera salir sólo un minuto... (*Mira la puerta como si pudiera ver a través de ella. La toca. No se atreve a salir.*)

CALDERÓN- Niños en el parque Hegel, junto al Zoológico.

BLUMEMBERG- "El Búho de Minerva" en letras amarillas.

CALDERÓN- Un patio de columnas, un ascensor de cuando el Káiser.

BLUMEMBERG- La puerta malva. El enano que te lleva al saloncito. Esperás bebiendo té. Las que están libres sirven las pastas.

CALDERÓN- Pasean bandejas hasta que una te gusta.

BLUMEMBERG- La más rubia.

CALDERÓN- Te lleva al cuarto de la mano.

BLUMEMBERG- Le pedís hacerlo en el del fondo, aunque haya que esperar que se vacíe. Una lámpara de seis brazos. El somier chirría. Los pechos más blancos de Alemania.

CALDERÓN- Los pies más tiernos. Le mordí todos los dedos.

BLUMEMBERG- ¿La mordiste?

CALDERÓN- A ella le gusta.

BLUMEMBERG- Sos un cabrón. Pobre Monike, mi princesa.

CALDERÓN- Se llama Andrea. Su Monike se secó hace un millón de años.

(Blumemberg lanza un golpe a Calderón. Éste lo detiene. Se miran.)

BLUMEMBERG- Silesius te va a...

CALDERÓN- ¿Qué me hará Silesius? Él me trajo a Berlín porque quería el libro en castellano.

(Calderón vuelve a teclear. Blumemberg intenta imponer su voz sobre el teclado.)

BLUMEMBERG- No podés escribir sin Blumemberg. Antes de mí, nadie supo qué se podía hacer con las palabras. El color de las tapas, el tacto del papel, el tamaño de letra, todo fue cuidadosamente decidido, el número de ejemplares y la lista de quienes leerían el libro. Pero mis enemigos quemaron Europa y mis palabras. Lo que quedaba de Europa fue guardado en mi pecho, en un viejo faro, en Argentina. Al pie del faro había un cementerio. Tumbas iguales, orientadas hacia el Este, sin nombre, con tres números: doce, tres, mil novecientos cuarenta y cuatro. Marineros alemanes. El faro no había funcionado para ellos. Tumbas sin flores, Alemania se avergüenza de sus soldados. Ni siquiera los muertos están a salvo del enemigo. Pero hay una cita entre ellos y yo, por ellos debo recuperar las palabras quemadas. Yo prometí a aquellos muertos que les

devolvería su nombre. Aún están allá, esperando. Sólo en el Juicio Final recibiremos nuestro verdadero nombre, el definitivo. Silesius sabe cuánto falta aún. Él conoce el día y la hora del Juicio Final. Mientras tanto, ¿cómo soportar el silencio? ¿Cómo soportar este silencio de trenes hacia Berlín, el silencio de los trenes que atraviesan Europa? En algún lugar debe de haber una torre con tableros para gobernar semáforos, y palancas que lleven a los trenes por unas vías u otras. Debe de haber una torre de control, y un hombre en esa torre, una autoridad que gobierne todo este silencio. ¿Lo oyes? Una mancha que crece en mi cabeza como un estallido de trenes que chocasen. ¿Y si reciben instrucciones equivocadas?, ¿y si los conducen al caos? ¿Hay alguien inteligente en la torre? ¿Quién impide que todos los trenes de Europa, cargados de niños, se arrojen al tiempo contra Berlín?

(Hace rato que Calderón ha dejado de escribir y se mira las manos con horror. Sin mirar a Blumemberg, sale.)

BLUMEMBERG- ¿Dónde vas? ¿Es que ya sabés dónde está?

X

(En el tren, con mucha luz, mucha velocidad y muchos envases vacíos de yogur. El roto de la ventana está cubierto de otro modo. Blumemberg aparece muy abrigado; Calderón sólo lleva unos calzoncillos. Blumemberg busca frases en su memoria; Calderón teclea traduciéndolas.)

BLUMEMBERG- "Von neuem... von neuem stehen der reinen göttlichen. Von neuen stehen der reinen göttlichen Gewalt alle Formen frei... die der Mythos bastardierte... die der Mythos...". *(Se interrumpe, intranquilo.)* Etwas rührt sich draußen. Es gibt jemanden draußen.

CALDERÓN- *(Fastidiado, se asoma al pasillo.)* Lo único que hay en el pasillo es un olor insoportable. Al menos podríamos pasarla a otro vagón.

BLUMEMBERG- Es wäre unmenschlich, sie allein zu lassen.

CALDERÓN- Ese tufo sí que es inhumano. Si, como propuse, la hubiéramos bajado en Amberes...

BLUMEMBERG- Silesius wird sie mit Ehre in Berlin begraben.

CALDERÓN- Se la echa en falta, ¿eh? Caray con la invidente. Qué tacto. Y qué imaginación.

BLUMEMBERG- Hast du sie...? Silesius hatte sie für mich gekauft. Meine Frauen sind nicht für dich. Du bist ein... (*Busca un insulto.*) Verräter. Verräter!

CALDERÓN- (*Irónico.*) ¿Traidor yo? ¿No es justo que lo compartamos todo?

(Blumemberg contiene su réplica. Silencio tenso. Escalofrío de Blumemberg.)

BLUMEMBERG- Es ist wieder kalt. (*Evocador.*) Winter ist das Beste des Jahres in Berlin. Ich erinne mich an die Kindern im Hegelpak. Solange habe ich kein Kind gehört, das Deutsch spricht... CALDERÓN- Un parque nevado con niños hablando alemán. Suena espantoso.

BLUMEMBERG- Die Kindern der Mädchen von "Minervas Uhu". Dort habe ich Jules Violet kennengelernt.

CALDERÓN- ¿Hubo un Jules Violet de verdad? Lo conoció en ese... ¿cómo ha dicho? "El Búho de Minerva".

BLUMEMBERG- Gibt es Schnee draußen?

CALDERÓN- Probablemente. Probablemente, hay nieve fuera. O aún no, pero muy pronto. También desierto y estepa. Y luego nieve. O estepa, nieve y desierto. El conductor sabe lo que hace. Suponiendo que haya conductor.

BLUMEMBERG- Wir sollen in der Nähe sein.

CALDERÓN- Nunca llegaremos a Berlín. ¿Cuántas veces hemos pasado por Milán? Y volveremos a oír italiano. Qué confusión de lenguas. Es como viajar por Babel buscando idioma.

BLUMEMBERG- Wir werden sofort ankommen.

CALDERÓN- ¿Cuántas veces hemos pasado por Milán? Y volveremos a oír italiano. Qué confusión de lenguas. Es como viajar por Babel buscando idioma.

BLUMEMBERG- Wir werden sofort ankommen.

CALDERÓN- Esa pierna que se quita y que se pone, el olor de la cieguita, la peste de yogur del restaurante, Moscú, Copenhague, Estambul, un millón de millas de jodida Europa, todo es ya la misma enfermedad. ¿En qué tiene fe todavía? ¿En el maquinista? ¿Nos estrellará contra los Urales?, ¿nos arrojará al Atlántico? ¿Por qué no desenganchamos el vagón? Más vale eso que morir de viejos en un tren sin conductor a través de Europa.

BLUMEMBERG- Silesius hat alles vorbereitet.

CALDERÓN- ¿Aún cree que nos recibirá en el andén, con dos ramos de flores? No se le escapó detalle: los yogures, los polvetes, todos los boletos del expreso. Luego se olvidó, no nos recuerda. Hice bien en cobrar un anticipo. No necesito Berlín. Bajaré cuando quiera.

BLUMEMBERG- Warum bist du noch nicht ausgestiegen?

CALDERÓN- Soy un profesional. En cuanto cumpla con mi anticipo, bajaré de este tren. Me queda poco que aguantarle, Bernstein. No me gusta usted, no es trigo limpio. Esas manías persecutorias, aquel disfraz de cegatón... Creo adivinar quién es realmente. Se metió en líos, ¿eh? ¿Se le fue la mano con algún jarabe?, ¿un despiste en un quirófano? ¿De ahí le viene la afición por las máscaras? ¿Le retiraron la licencia y se largó a Argentina? Cuando hizo aquella cura a la cieguita, sus manos...

BLUMEMBERG- Warum ziehst du nicht in ihr Abteil um?

CALDERÓN- Buena idea. *(Toma su equipaje.)* Por gélida que esté, por mal que huela, será mejor compañía. *(Sale con su equipaje.)* Cuando quiera una frase, golpearé la pared. *(Establece la contraseña que luego usarán en el sótano. Vuelve sin equipaje.)* Gríteme sus frases por el pasillo o déjelas en mi oído mientras duermo. *(Va a coger un folio mecanografiado. Blumemberg se adelanta, lo toma, lo sopesa.)*

BLUMEMBERG- Was gibt es drinnen, so schwer?

CALDERÓN- (*Arrebatándole el folio.*) La primera frase dice: "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma".

BLUMEMBERG- (*Recupera el folio y lee.*) "Crítica de la violencia". (Calderón intenta quitárselo; el folio se rompe en dos.) Ist das die Name? "Crítica de la violencia"?

CALDERÓN- (*Recupera la otra parte del folio.*) ¿No le gusta?

BLUMEMBERG- "Violencia" ist nicht "Gewalt". Die Name ist: "Crítica del poder".

CALDERÓN- Así se tituló durante meses. Cruzábamos Macedonia cuando decidí "Crítica de la violencia".

BLUMEMBERG- (*Irónico.*) Entschiedst du dich?

CALDERÓN- Es mi trabajo: decidir. Lo dijo Blumemberg: "El traductor es la forma del hombre libre". Sabrá que fue el primer oficio de Blumemberg, precisamente. Dicen que era el mejor traductor de Alemania.

BLUMEMBERG- "Violencia" ist aber nicht "Gewalt".

CALDERÓN- Cada palabra es peligro para mí. Usted camina sobre terreno firme. Yo escribo cada palabra a vida o muerte. Jamás seré traducido. La mía es la última palabra.

BLUMEMBERG- (*Irónico.*) Das letzte Wort. Es wird deinen Mund zerbrochen.

CALDERÓN- La última palabra. Escrita conforme a la idea de la palabra del ángel. Y sin embargo... Esa frase... "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". (*Toma el folio roto. Lee.*) "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". Es como si esta frase estuviese pidiendo un traductor más. (*Pausa. Mira a Blumemberg.*) ¿Qué clase de libro es éste? ¿Qué sabe de Silesius? ¿Por qué quiere el libro?

BLUMEMBERG- Es ist mein Buch.

CALDERÓN- ¿No tiene una respuesta mejor? ¿Por qué quiere el libro en español? ¿Quién es ése que nos tortura en zig-zag por Europa? ¿Ha visto otros libros editados por él? ¿Cómo lo conoció?

BLUMEMBERG- Ihn habe ich nie gesehen.

CALDERÓN- (*Asombrado.*) Nunca lo ha visto.

BLUMEMBERG- Bei Telephon habe ich doch mit ihm gesprochen.

CALDERÓN- ¿Eso es todo? ¿Una voz? Yo al menos tengo una firma sobre un contrato. ¿Nunca le preguntó quién era, de dónde venía?

BLUMEMBERG- Er wollte das Buch. Es war mir genug.

CALDERÓN- Quizá suba en la próxima estación. Quizá ya esté en el tren, con nosotros.

BLUMEMBERG- Er wartet auf mich in Berlin.

CALDERÓN- No debemos llegar a Berlín. (*Abre la ventana.*) Saltemos aquí. No nos encontrará nunca.

BLUMEMBERG- Wozu brauchst du mich? Geh allein.

(*Calderón va a saltar, pero vacila, acaba cerrando la ventana.*)

CALDERÓN- Soy un profesional. Cumpliré con mi anticipo y estaremos tan lejos como siempre de Berlín. Deme la siguiente frase.

BLUMEMBERG- Es wird keinen Satz mehr bis Berlin geben.

CALDERÓN- No esperaré a Berlín. Frase a frase, así lo pactamos.

BLUMEMBERG- Pakt gibt es nur zwischen Gleiche.

CALDERÓN- ¿Tendré que sacarle las palabras a puñetazos?

BLUMEMBERG- Du bist nicht mein Gleich. Du bist niemand. Du bist mein Übersetzer.

(Calderón intenta abrir la boca de Blumemberg.)

BLUMEMBERG- Silesius wird dich...

CALDERÓN- Silesius le ha abandonado. Sólo le quedo yo. *(Pone a Blumemberg de cara al suelo y lo sacude como a un niño que hubiese de arrojar algo por la boca.)*
¡Una frase! *(El tren se detiene bruscamente. Calderón suelta a Blumemberg.)*

BLUMEMBERG- Er bleibt stehen.

CALDERÓN- A veces se para. Hasta que vuelve a andar. Nunca llegaremos a ninguna parte.

(Voces de niños.)

BLUMEMBERG- *(Esperanzado.)* Diese Stimme...

CALDERÓN- Niños.

(Calderón mira por la ventana.)

BLUMEMBERG- Berlín.

XI

(El sótano sigue abierto, como Calderón lo dejó. Blumemberg rebañe envases de yogur mientras lee los folios mecanografiados por Calderón. Los esconde al oír que Calderón vuelve. Blumemberg mira la puerta como esperando que entre alguien más.)

BLUMEMBERG- ¿No viene con vos? ¿Dónde está?

CALDERÓN- Esta vez, no salí a buscar a Silesius. (*Enseña un billete de tren.*) Lo conseguí en el mercado negro. Un billete de un tren que me va a sacar de Berlín.

(*Silencio.*)

BLUMEMBERG- ¿A qué has vuelto? ¿Por tus cosas? ¿A decirme adiós? ¿A traerme algo? Estoy hambriento.

CALDERÓN- He vuelto por el libro.

(*Silencio.*)

BLUMEMBERG- No te podés ir. Hicimos un trato.

CALDERÓN- ¿Un trato? ¿Desde cuándo no cumple su parte?

BLUMEMBERG- Aún te faltan muchas frases. (*Señalándose la cabeza.*) Están aquí, a punto de volver a mi boca. Dame una semana. Un día.

CALDERÓN- (*Pidiendo a Blumemberg el libro.*) Quizá mañana no haya trenes.

BLUMEMBERG- Tenía que ocurrir. Viéndote teclear noche y día, pensaba: "Si se le mete en la cabeza que puede escribirlo él solo, el hombrecito se calzará mis zapatos y echará a correr". Creés que ya no necesitás mis frases. Te arrepentirás de subir a ese tren. Sólo sos el traductor de Blumemberg. Un aprendiz, un parásito, nadie. Por más que corrás, siempre estarás a la sombra de Blumemberg. No tenía veinte años cuando dejé una pierna en Verdun En el veintisiete abracé a Mussolini, en el cuarenta y tres perdí a mi hijo en Stalingrado. ¿Qué hiciste vos en la vida? Si entrase por esa puerta aquel Blumemberg de mil novecientos treinta... Se reiría tanto de vos...

CALDERÓN- ¿Y de usted? ¿No se reiría?

(*Silencio. A Blumemberg le ha hecho daño la réplica de Calderón.*)

BLUMEMBERG- Tenés razón. Cada día soy menos Blumemberg. Sólo queda en mí lo peor de Blumemberg. Otro aprendiz. ¿Quién de nosotros lo estará imitando mejor? Tendría que escoger él, el Blumemberg original. Si entrase por esa puerta...

CALDERÓN- No puedo esperarle. Mi tren va a partir. El libro.

BLUMEMBERG- ¿Para qué lo querés?

CALDERÓN- Voy a quemarlo.

(Silencio. Blumemberg no comprende.)

CALDERÓN- ¿Sabe que busqué un teléfono con intención de llamar a la policía y gritar: "Han vuelto"? Pero temí encontrar la voz de Silesius, me aparté del teléfono por si su voz estaba allí, esperando que yo descolgase. Atravesé Berlín temiendo que alguien me dijese al oído: "Ya no tienes que buscar más. Yo soy el que buscabas. Y tú el que yo estaba esperando".

BLUMEMBERG- Fantasías. Fue a mí a quien llamó a Berlín.

CALDERÓN- Silesius le está dejando pudrirse.

BLUMEMBERG- Por alguna razón, se esconde. Vos viste su sangre. Quizá lo hirieron de gravedad.

CALDERÓN- He estado en todos los hospitales de Berlín.

BLUMEMBERG- Deben de cambiarlo cada noche de hospital. O quizá haya muerto. Por eso no viene a ayudarme.

CALDERÓN- He estado en el cementerio católico y en el protestante. Ni rastro de Silesius.

BLUMEMBERG- Está vivo y lo encontraste, pero me lo ocultás. Porque necesitás mis frases.

CALDERÓN- Yo creo que Silesius sabe dónde está usted, pero le va a dejar morir en esta ratonera.

BLUMEMBERG- Eso es mentira.

CALDERÓN- Sabe dónde estamos. Lo sabe todo. Porque todo lo ha dispuesto desde el principio, desde siempre. Pero yo no voy a esperar a que él decida el momento de hablarme.

(Intenta arrebatarse el libro. Blumemberg lo detiene apuntándole con la pistola.)

BLUMEMBERG- Cada minuto hay una frase menos en mi cabeza. Muy pronto, sólo tendré estas páginas. No vas a tocarlas.

CALDERÓN- *(Mostrándole el billete de tren.)* Hay hombres ahí fuera que saltan desde los puentes sobre los trenes en marcha. Me matarían por este billete. ¿Quiere oír qué he hecho para conseguirlo? Y, pese a todo, he vuelto. A quemar el libro.

BLUMEMBERG- Es mi memoria. Lo que queda de mí. No podés quemarlo.

(Calderón señala hacia el techo. De allí vienen pasos y voces infantiles.)

CALDERÓN- Por ellos tengo que quemarlo. Si supiesen qué he escrito, me matarían. No se puede mirar a los ojos a un niño después de escribir frases como ésas.

(Pausa.)

CALDERÓN- Y sin embargo... Siento que precisamente por ellos he escrito esas palabras. Pero ellos todavía no pueden entenderlas. Todavía no.

(Pausa. Blumemberg deja de apuntar.)

BLUMEMBERG- Todo está en los ojos de los niños mucho antes de que suene el primer disparo. Los niños prevén el sacrificio de los inocentes. Hubo un tiempo en que no me daban miedo. Pero llegó el día en que sentí miedo de mi propio hijo. Así que ya sabés cuántos enemigos puede tener un hombre. Yo sé qué es tener miedo en Alemania. ¿Miedo de los niños o de vos mismo? Es el mismo miedo. Miedo de la voz de Silesius diciéndote: "Ahora vos sos nuestro hombre". Miedo de ser el más fuerte, el más libre. Aceptá tu destino. Mirá tus manos. *(Le obliga a mirarse las manos.)* Están preparadas para escribir hasta la última palabra. ¿Sabés cuánto miedo tendrás entonces? Al final, sólo te quedará el miedo. Porque hombres como vos y como yo nacemos del dolor del

mundo, y no venimos a curar el dolor, venimos a asumir la culpa, a cargar con el pecado de la Humanidad. Mientras ellos construyen una torre, nosotros sabemos que la torre los aplastará, que el cúmulo de cadáveres subirá hasta el cielo. Pero todo ese dolor es necesario, y vos cargarás con él. Hasta que llegue el momento. Y cada momento puede ser la pequeña puerta de la salvación. Pero, hasta entonces, sólo te acompañará el miedo.

(Pausa.)

CALDERÓN- Aún puedo olvidar el libro, olvidarle a usted, olvidar Berlín.

(Blumemberg prende un fuego al que arroja los folios.)

BLUMEMBERG- Es sólo papel. No bastaría quemar Berlín; aunque ardiese cada huella de Blumemberg, no bastaría. ¿Creés que huyendo salvarás al mundo del veneno? Sólo ese veneno salva, sos vos mismo. ¿Quemarás tu cabeza? *(Le ofrece la pistola.)* No sos capaz. *(Le pone la pistola en la mano.)* El demonio, si pudiera, ¿no sería otra cosa? Mi memoria está a salvo. *(Lleva la punta de la pistola a la cabeza de Calderón.)* Dentro de vos, palabra por palabra, creciendo.

(Calderón aleja de sí la pistola.)

CALDERÓN- Olvidaré el libro. En cuanto me haya alejado de Berlín, empezaré a olvidarlo.

BLUMEMBERG- Por muy rápido que marche tu tren, no te alejarás del libro. Y al final de tu viaje, de verdad sabrás lo que es el miedo. Yo, en cambio, si olvido hasta la última palabra... Ni siquiera me encontrarán parecido a Blumemberg. Caminaré por Berlín, me dará el sol en la cara, ya no tendré miedo. Lo sabré cuando un niño me mire sin rencor: ya no tendré miedo. *(Hunde sus manos en la ceniza caliente. Rescata el último folio, medio quemado. Lee.)* ¿Escribí yo esto alguna vez? No tiene sentido. Todavía no. *(Lo devuelve al fuego.)* Marchá ya. Hay un tren esperándote. El mismo tren en que vinimos, seguramente. ¿Cuál es su destino?

CALDERÓN- Da igual donde vaya, con tal de que me saque de Berlín.

BLUMEMBERG- Silesius conoce el día y la hora. Me dio un traductor. Otra lengua, otros hombres. Quiere el libro en tu idioma. Esta vez, el dolor no empezará en Berlín. Decime: ¿Hacia dónde va ese tren?

CALDERÓN- Madrid.

V

En el tren, como al final de III.

BLUMEMBERG.- Du steigst in Paris aus.

CALDERÓN.- No se me ha perdido nada en París. Silesius me ha reservado plaza hasta Berlín. (*Se instala.*) Con franqueza, su actitud no se corresponde a la idea que me había hecho de usted. La primera vez que acepto un trabajo a ciegas, y empiezo a lamentarlo. Sepa que he traducido a los mejores: Goethe, Lutero...

BLUMEMBERG.- Mein Buch darf nur auf Deutsch gelesen werden.

CALDERÓN.- Silesius no opina igual. (*Como está empezando a llover, intenta tapar el agujero de la ventana; habrá luego truenos y relámpagos.*) Silesius cree que ese tratado suyo también se puede leer en español. Se le ha antojado el libro de un médico metido a filosofías y que se traduzca al español y que se haga precisamente en Berlín. Qué más da qué se le antoje si paga la tinta como coñac y el papel a precio de tabaco. Beber, fumar a la salud de un caprichoso... ¿Avisamos al revisor? Que arreglen esto, o que nos cambien, hay mucho compartimento vacío.

BLUMEMBERG.- Deutsch ist der Heimat der Sprache. (*Se arrepiente de haberlo dicho. El tren se interna en zona de bosque espeso.*)

CALDERÓN.- Esa frase es de Blumemberg: "El alemán es la patria del lenguaje". ¿Lee usted a Blumemberg? No resulta fácil hoy. Cuando usted vivía en Berlín, Blumemberg era el filósofo de moda, ¿no es cierto? ¿Escuchó alguna de sus célebres conferencias radiofónicas?

BLUMEMBERG.- Nein.

CALDERÓN.- Un indeseable, pero listo. "El alemán es la patria del lenguaje". Así empieza su conferencia "Sobre la no traducibilidad de la Tercera Elegía de Hölderlin", ¿la conoce? (*De algún modo, tapa el agujero.*) Durante décadas, Blumemberg tuvo razón, pero hace una semana...

Sobresaltado, Blumemberg coge el bastón.

CALDERÓN.- ¿Algo le inquieta?

BLUMEMBERG.- Hast du es gehört?

CALDERÓN.- No he oído nada.

BLUMEMBERG.- Es gibt jemanden im Flur.

CALDERÓN.- Debe de ser esa mujer.

BLUMEMBERG.- Eine Frau?

CALDERÓN.- Ayudé a subir a una cieguita. Parecía auténtica.

BLUMEMBERG.- Wo ist sie?

CALDERÓN.- Se quedó en el compartimento de al lado... ¿Qué estaba por decirle? Sí: hace una semana cerré traducción de la Tercera Elegía de Hölderlin. ¿Se la recito?

BLUMEMBERG.- Sprich über dieses Weib. (*Se desabrocha la camisa.*)

CALDERÓN.- "Weib"? Habla usted un alemán de no sé qué siglo. "Weib".

BLUMEMBERG.- Wie ist diese Frau?

CALDERÓN.- Antipática. La ayudé a subir, pero no dijo gracias, no tiene cara de saber decir gracias. (*Fascinado, descubre el torso de Blumemberg, lleno de cicatrices.*)

BLUMEMBERG.- Hatte sie eine Blume im Haar? (*Se quita el pantalón. Una de sus piernas es artificial.*)

CALDERÓN.- Justo. Una rosa amarilla aquí. (*Señala una zona de su cabeza.*)

BLUMEMBERG.- (*Estirando la pierna falsa.*) Hilf mir. (*Calderón se inclina hacia la pierna.*) Zieh kräftig! (*Calderón tira de la pierna y se queda con ella en las manos.*) Ruf sie.

CALDERÓN.- ¿Cómo que la llame?

BLUMEMBERG.- Silesius hat mir eine Blinde mit galben Rose versprochen.

Pausa.

CALDERÓN.- ¿No se lo va a avisar?

BLUMEMBERG.- Was?

CALDERÓN.- A la ciega que le manda Silesius. Antes de tocarla. ¿No le dirá que le falta una pierna?

BLUMEMBERG.- Sie sieht nichts.

CALDERÓN.- Aunque no vea, debería avisárselo.

BLUMEMBERG.- Schweig und ruf sie.

CALDERÓN.- ¿La llamo y me quedo mirando? ¿O me la casco en el pasillo?

BLUMEMBERG.- Ruf sie!

CALDERÓN.- Yo valgo cien dólares la página, ¿qué precio tiene ella? Yo cobré un anticipo, ¿y ella? (*No sabe qué hacer con la prótesis; acaba colgándola en cualquier lugar. La prótesis se bambolea con el movimiento del tren.*) Escuche, Bernstein, ni follando hasta Berlín se le va a pasar el miedo.

BLUMEMBERG.- Angst? Wovor?

CALDERÓN.- ¿Cuántas horas ante la página en blanco? Cuánto esfuerzo, cuánto sufrimiento. Y, de pronto, cada palabra puede ser mejorada.

BLUMEMBERG.- Bist du mit dem Rütteln verrückt geworden?

CALDERÓN.- Por eso tanto afán por parecer desagradable, para que me harte y rompa mi contrato. Porque me teme.

BLUMEMBERG.- (*Despectivo.*) Ich denke nicht an dich.

CALDERÓN.- No se atreve a dejarme trabajar. Que mi traducción sea mejor que su libro, eso le da pánico.

BLUMEMBERG.- (*Más despectivo.*) Ich sehe dich nicht.

CALDERÓN.- Le da miedo mirarme. Le doy miedo. Yo, el traductor de Bernstein.

Furioso, Blumemberg se pone la pierna y se viste. Calderón abre la máquina de escribir.

CALDERÓN.- Bien. ¿Dónde está el libro?

BLUMEMBERG.- "Der Feind ist unsere einzige Frage als Gestalt".

CALDERÓN.- ¿Perdón?

BLUMEMBERG.- Der ersten Satz.

CALDERÓN.- ¿La primera frase?

BLUMEMBERG.- Es wird so gemacht werden: Satz für Satz.

CALDERÓN.- Acostumbro leer el libro entero antes de traducir una pala...

BLUMEMBERG.- (*Interrumpiéndole, haciéndole gesto de que escuche un ruido.*) Folgt ein Wagen den Zug? (*Calderón mira por la ventana.*)

CALDERÓN.- No, no nos sigue ningún automóvil. (*Blumemberg cierra la ventana.*)
Como le decía, sólo cuando la contemplo como un todo, sólo entonces puedo traer la obra a mi idioma. Hágame el favor. (*Tiende la mano, como pidiendo el libro.*)

BLUMEMBERG.- Ich wiederhole: "Der Feind ist unsere einzige Frage als Gestalt".

CALDERÓN.- Está bien, si cree que es lo justo, tampoco usted lo leyó entero antes de escribirlo. Lo haré frase a frase. ¿Ni siquiera me dejará verlo por fuera?

BLUMEMBERG.- Du siehst es jetzt.

CALDERÓN.- ¿Dónde?

BLUMEMBERG.- (*Señalándose la cabeza.*) Hier.

CALDERÓN.- ¿Lo sabe Silesius? ¿Que a Bernstein se le rompe el cráneo y adiós libro?

BLUMEMBERG.- Silesius weiß alles.

CALDERÓN.- ¿Y la última frase? ¿Tampoco ésa va a decírmela?

BLUMEMBERG.- Letzten Satz gibt es noch nicht.

CALDERÓN.- ¿Cómo que todavía no hay última frase? ¿Qué broma es ésta? ¿Tiene o no tiene el libro?

BLUMEMBERG.- Ich lebe dafür, um das Buch in Erinnerung zu bringen.

CALDERÓN.- ¿Un libro que olvidó y está recordando, eso voy a traducir? ¿Frase a frase? Extraño trabajo. (*Pausa.*) ¿Tengo derecho a saber cuánto supone que le falta? ¿Una frase? ¿Un millón de frases? (*De repente, mira por la ventana. Ríe.*)

BLUMEMBERG.- Worüber lachst du?

CALDERÓN.- Me pareció ver un ojo.

BLUMEMBERG.- Ein Auge?

CALDERÓN.- Un ojo enorme. Como si nos mirase gente. Niños. Como si fuésemos pasajeros de un tren de juguete. *(Se sienta ante la máquina. Con dificultad.)* "Der Feind ist unsere einzige Frage als Gestalt".

VI

En el sótano, como al final de IV.

CALDERÓN.- ¿El último libro de Blumemberg?

BLUMEMBERG.- Tomá el primer tren.

CALDERÓN.- ¿Le tocó en una tómbola? ¿Se lo compró a un trapero?

BLUMEMBERG.- ¿Qué importa cómo llegó a mí? *(Al ver que Calderón, incrédulo, se va a ir.)* Blumemberg era paciente mío y...

CALDERÓN.- *(Incrédulo.)* Y le pidió que se lo guardase. A un sujeto como usted.

BLUMEMBERG.- Blumemberg me encargó que lo escondiese.

CALDERÓN.- Cambie de farol, Bernstein. ¿No sabe que el libro ardió con Blumemberg en el último bombardeo de Berlín? *(Va a salir.)*

BLUMEMBERG.- Unos dicen que Blumemberg ardió con el libro. Otros, que lo ametrallaron los yanquis mientras explicaba a Nietzsche. ¿Creés todo lo que se cuenta de él? Nunca encontraron su cuerpo. Aquellos payasos del Tribunal de Crímenes contra la Humanidad sentaron entre los demás acusados un muñeco negro en representación de Blumemberg. ¿Querés saber la verdad? El libro ardió, Blumemberg no, ni su memoria. Los dos, Blumemberg y su memoria, están otra vez en Berlín.

Se miran.

CALDERÓN.- Quiere hacerme creer que usted...

BLUMEMBERG.- Silesius me sacó de Europa. Me llevó a Argentina. Cuidó de mí.

CALDERÓN.- El doctor Bernstein, el ciego Violet... ¿disfraces? Blumemberg vuelve a Berlín, pero no encuentra a su protector, así que se esconde un agujero de la estación. Y es que tiene miedo, incluso de los niños tiene miedo. Tiene tanto miedo que disfraza hasta el idioma.

BLUMEMBERG.- Si me oyesen hablar alemán, me reconocerían al instante.

Calderón ríe como si hubiese oído algo absurdo.

CALDERÓN.- Es un impostor de pacotilla. ¿Cree que Blumemberg se comportaría así? ¿No se ha enterado de que el tribunal declaró a Blumemberg no culpable?

BLUMEMBERG.- Muy pronto, yo seré el juez. Mis escritos aún circulan sin firma, pero muchos los buscan a la salida de las iglesias y de las fábricas, y saben que es Blumemberg quien les habla. Hay miles de jóvenes ahí fuera que se transmiten mi nombre en voz baja. Cerca está el día en que me aclamarán. Pero aún no es la hora. Todavía no.

CALDERÓN.- Tonterías. Puede salir y chillar (*Pronunciando mal.*): "Ich bin Blumemberg". Nadie le hará daño, porque nadie le tomará en serio.

BLUMEMBERG.- ¿No viste los ojos de esos niños cuando bajamos del tren? ¿No viste cómo me miraron? Como si saliese del fondo de una pesadilla. Si reconociesen mis manos, mi voz... Los que mañana me amarán, hoy me matarían.

Pausa. Calderón observa a Blumemberg.

CALDERÓN.- Usted es el doctor Bernstein. Tiene que ser Bernstein.

BLUMEMBERG.- Preguntame por la vida de Blumemberg: dónde enterré a mi padre, dónde engendré a mi hijo. (*Se desabrocha la camisa.*) Pedime fecha de cada herida.

CALDERÓN.- Aun si usted conociese cada sueño de Blumemberg...

BLUMEMBERG.- Podría ser un impostor. Pero si fuese Blumemberg... De vos sería el libro capaz de gobernar millones de almas. Palabras de vos darían sentido a la vida y la muerte de pueblos enteros. (*Habla a Calderón al oído; pone ante él el folio.*) Serías dueño de la vida y la muerte.

CALDERÓN.- (*Apartándose del folio.*) Hay una vieja amistad entre la muerte y Blumemberg. ¿No llamaron al libro "La Biblia de la violencia"?

BLUMEMBERG.- ¿Quiénes lo llaman así? Los responsables del sufrimiento del mundo. Quisieron manchar mi nombre porque mi nombre hizo temblar al siglo. Todo lo que han hecho después confirma lo que entonces escribí: este gigantesco campo de escombros donde sólo Dios cuenta las víctimas, esta enorme batida de inocentes. Durante años, yo renuncié a toda relación con los hombres. Pero si vuelve a haber esperanza, mi misión es despertar vocaciones. No entre esas almas de tendero que se sienten libres porque cada cuatro años echan un papel en una caja y creen que eso es el pueblo, una suma de votos rota en partidos. Yo pienso en otra raza, y creeme, sólo hay otra raza. ¿No ha llegado hasta vos el rumor de una sublevación universal? En todo el mundo se está formando una aristocracia de corazones que buscan una libertad nueva y que se sacrificarán por los demás, hasta por el más cobarde. Sólo esos hombres pueden hacerse cargo del pasado y del futuro y asumir la responsabilidad de un relámpago que atraviese la sombra, de una gran explosión que purifique esta ciénaga, sólo ellos harán el corte más profundo. No habrá compromisos, ni pactos. Cada hombre habrá de ser héroe o criminal, el tiempo de la indecisión se está acabando. Todos estarán en el campo de batalla, y el campo estará lleno. Llegará lo que ningún redentor se atrevió a soñar: un paraíso sin sangre. Mi libro es una llamada a todo aquel que ame al hombre. Será leído antes del diluvio, y no después, como mis enemigos quieren. Mis palabras han deseado tanto la hora de volver... (*Mostrando sus manos.*) Están aquí, entre mis manos.

Pausa.

CALDERÓN.- Un hombre escribiendo un libro que se quemó. Eso es casi un fantasma. (*Alejándose de Blumemberg.*) Sólo Hitler lo leyó. Lo escribió para él.

BLUMEMBERG.- ¿Por qué mencionás ese nombre?

CALDERÓN.- Cuentan que ofreció a Hitler el libro a cambio de la vida de un hombre y él no aceptó. Entonces, le ofreció la mitad del libro a cambio de diez hombres y él no aceptó. Le ofreció la mitad de la mitad a cambio de cien hombres y él...

BLUMEMBERG.- Él murió hace mucho tiempo.

CALDERÓN.- He visto fotos. Hitler partiendo el pan de la señora Blumemberg, Hitler jugando con el hijo de Blumemberg, Hitler leyendo el libro de Blumemberg... Usted estuvo al lado de esa bestia.

BLUMEMBERG.- Era una bestia, pero sus manos...

CALDERÓN.- ¿Es eso su libro? ¿Las manos de Hitler y la voz de Blumemberg?

BLUMEMBERG.- A través de sus ojos, Alemania leyó mi libro. Hablándole a él, hablé a cada alemán al oído. Pero él ha muerto. Mi libro está vivo.

CALDERÓN.- ¿Le hablaba al oído cuando quemó el parlamento? Dachau, Auschwitz... ¿estaba la voz de Blumemberg detrás del fuego?

BLUMEMBERG.- Yo diseñé la ciudad de Dios. ¿Soy culpable de cómo otros pusieron los ladrillos?

CALDERÓN.- Jure que, siendo rector, no expulsó a los catedráticos judíos. Jure que no prohibió citar a autores judíos. Que no quemó libros de filósofos judíos en el patio de la universidad. He leído...

BLUMEMBERG.- ¿Has leído qué?, ¿quién puede escribir sobre el alma de Blumemberg? (*Le tiende el folio.*) Mi libro tiene respuesta a todas tus preguntas. Él te dirá mi verdad.

Calderón toma el folio con repugnancia y atracción, quiere huir y quedarse.

CALDERÓN.- (*Leyendo.*) "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma".

BLUMEMBERG.- Dejá que mis palabras te hablen. (*Calderón aparta la vista del folio; Blumemberg le obliga a mirarlo.*) ¿Te da miedo ser el traductor de Blumemberg? No cualquiera puede mirar el rostro de Dios. Miralo como un templo, estás entrando en un templo. Es el destino de la Humanidad, el día de la ira, el Juicio Final. Entrá al juicio del mundo. El libro final, todos los libros, el primer libro de la nueva Humanidad.

Todas las voces, una lengua nueva, un enorme silencio. Tenés tanto que ganar... El mundo a cambio de casi nada.

CALDERÓN.- ¿Qué ocurrirá si encuentro a Silesius? ¿Cómo sé que usted no se olvidará de mí? ¿Y cómo sabe que yo no le venderé en cuanto salga por esa puerta? Sus enemigos me cubrirían de oro.

BLUMEMBERG.- Siempre querrás venderme, pero siempre volverás. Para que yo te dé otra frase. A cambio, encontrarás a Silesius. Es urgente, esos niños pueden habernos visto entrar. *(Extiende el viejo plano de Berlín.)* Empezá por el Oeste, por Charlottenburg. En Charlottenburg hay un puente. Desde arriba ves a la gente muy pequeña caminando por Bismarckallee. De niño yo iba allí los domingos. Miraba a la gente y me decía: "Cuánto dolor. Están esperando a Blumemberg". El otro extremo del puente da a un parque. En el parque hay una estatua de Wagner, nicht weit weg, gegenüber der... frente a la Rostlaube.

CALDERÓN.- *(Localizándola en el plano.)* La Rostlaube.

BLUMEMBERG.- *(Evocador.)* Die Rostlaube.

Calderón va a salir con el plano. Antes de hacerlo, se vuelve hacia Blumemberg.

CALDERÓN.- Nunca me dé una frase falsa.

VII

En el tren. Folios estrujados y envases de yogur por el suelo. Calderón, ante la máquina, arruga folio tras folio sin teclear.

CALDERÓN.- "Der Feind ist unsere einzige Frage als Gestalt". *(Pausa.)* "Der Feind ist unsere einzige Frage...". *(Pausa.)* "Der Feind ist...". *(Pausa.)* "Der Feind...".

Calderón intenta hablar, pero no articula palabra. Arranca el folio de la máquina, lo estruja y lo tira al suelo. Cierra la máquina y empieza a hacer su equipaje.

BLUMEMBERG.- Sobald ich dich sah, habe ich es gewußt: ein Feigling.

CALDERÓN.- Ningún traductor del mundo trabajaría así.

BLUMEMBERG.- Silesius hat mir einen Feigling gesendet.

CALDERÓN.- Es a mí a quien Silesius ha jodido, metiéndome con usted en este tren del demonio.

BLUMEMBERG.- Ein hundret Dollars jede Seite. (*Mira el folio en blanco.*) Teure Hure.

CALDERÓN.- No me toque los huevos. Ningún traductor del mundo...

BLUMEMBERG.- (*Asustado.*) Jemand schriet.

Calderón observa el pasillo.

CALDERÓN.- No hay nadie fuera. Nunca hay nadie. Tres veces he salido a mear. El váter siempre libre. En el vagón restaurante sólo come la cieguita. Ni un solo camarero. Si al menos apareciera el revisor... El tren para y nadie en el andén, nunca sube nadie. (*Una vez hecho su equipaje, se sienta a esperar.*)

BLUMEMBERG.- Worauf wartest du? Steig aus.

CALDERÓN.- ¿Bajarme en marcha? ¿Quiere que me tronche el cuello?

BLUMEMBERG.- Halt den Zug an.

CALDERÓN.- ¿Más bromitas?

Blumemberg coge el freno de alarma.

CALDERÓN.- No tiene gracia.

Blumemberg tira del freno de alarma. El tren descarrila. Blumemberg y Calderón ruedan por el suelo.

CALDERÓN.- ¿Ha perdido el juicio? ¡Hemos podido matarnos! (*Blumemberg parece muerto.*) ¡Bernstein! ¡Doctor Bernstein!

Blumemberg se levanta.

CALDERÓN.- ¿Qué le espera realmente en Berlín? ¿La celda de un manicomio? ¿O es Silesius el loco? ¿Son eso usted y su libro, el delirio de un editor lunático?

BLUMEMBERG.- Sei eilig.

CALDERÓN.- (*Mirando por la ventana.*) Ni siquiera sé dónde estamos. Mire ese paisaje. ¿La luna?

Blumemberg da a Calderón el equipaje de éste, invitándole a salir.

BLUMEMBERG.- Du wirst nie sagen: ich bin Bernsteins Übersetzer.

CALDERÓN.- Nunca me había sucedido. Esta impotencia. He traducido a Schlegel, a Novalis. Si al menos pudiera tocar el libro... (*Pausa.*) "Mi enemigo... El enemigo es la única pregunta formal...". (*Blumemberg niega.*) "Mi enemigo es la pregunta por...".

BLUMEMBERG.- Nein, nein.

CALDERÓN.- "La pregunta del enemigo... El enemigo...".

BLUMEMBERG.- Du bist nicht Bernsteins Übersetzer.

CALDERÓN.- "El enemigo es...".

BLUMEMBERG.- "... unsere einzige Frage...".

El tren se pone en marcha.

CALDERÓN.- "El enemigo es nuestra única pregunta...". ¿Qué demonios signi...?

BLUMEMBERG.- "...als Gestalt".

CALDERÓN.- "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". Absurdo. "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". (*Sacude la cabeza. Medita.*) "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". (*Abre la máquina. Teclea.*) "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma".

BLUMEMBERG.- In der Moral ist die Entscheidung zwischen Gut und Böse die letzte".

CALDERÓN.- Ésa no puede ser la segunda frase.

BLUMEMBERG.- Warum? Weil er wie der erste aussieht? Alle meine Sätze sind der erste.

Calderón teclea. Lee.

CALDERÓN.- No tiene sentido.

BLUMEMBERG.- Noch nicht.

CALDERÓN.- ¿Todavía no? ¿Cuándo?

Un gemido de dolor viene del compartimento vecino. Calderón va hacia allí. Vuelve presuroso.

CALDERÓN.- Usted y su puto freno de alarma. Vaya a ayudar a esa mujer. Se está desangrando.

BLUMEMBERG.- Sie wird in Berlin geheilt werden.

CALDERÓN.- No aguantará hasta Berlín. Haga algo, doctor.

VIII

En el sótano. Hay envases vacíos de yogur y restos de otros medios de supervivencia; también algunos libros alemanes. Blumemberg espera. Le asustan pasos y voces de niños que se acercan y se alejan al otro lado de la puerta, pero desbloquea ésta con impaciencia cuando

reconoce la contraseña. Calderón entra con una bolsa. Blumemberg vuelve a bloquear la puerta. Calderón enciende un puro. El humo molesta a Blumemberg.

CALDERÓN.- Friedrichstraße, acera izquierda: dos tuertos, un chucho de lanas, siete colegialas de unos doce con trajecito marrón, todas vírgenes. Doblo por Marburgerstraße...

BLUMEMBERG.- Pomeranianstraße, te lo escribí.

CALDERÓN.- Preferí torcer por Marburgerstraße, ésa que hace así (Traza una ese en el aire.)

BLUMEMBERG.- (*Extrañado, la busca en el viejo plano.*) No conozco esa calle.

CALDERÓN.- Por todas partes, piquetes de ferroviarios. Ferroviarios de toda Europa han llegado a Berlín. Marcan con cinta blanca una zona, expulsan a los gitanos y prenden fuego a sus casas. Normalmente en ese orden, pero no siempre en ese orden. Toman barrios enteros en una sola noche. Escuche. (*Silencio.*) ¿Lo oye? ¿Oye el rumor del fuego?

BLUMEMBERG.- (*Impaciente.*) ¿Encontraste o no ese café en Postdamerplatz?

CALDERÓN.- Ya no hay plaza de Postdam.

BLUMEMBERG.- No puede ser.

CALDERÓN.- No existe.

BLUMEMBERG.- No hay Postdamer... No me estarás engañando.

CALDERÓN.- Bajo por Unter den Linden, acera derecha. Una verja, un patio. En el vestíbulo, en letras de hierro oxidado, aquella frase de Marx, que no saben dónde metérsela: "Die Philosophen haben die Welt nur verschieden interpretiert, es kommt drauf an, sie zu verändern", o como demonios se diga.

BLUMEMBERG.- Así que estuviste en la universidad. Te dije que todavía no era el momento. Pero contame.

CALDERÓN.- No se pierda, estoy subiendo.

BLUMEMBERG.- La escalera. *(Cierra los ojos, imaginando lo que Calderón describe; éste observa los efectos de sus palabras sobre Blumemberg.)*

CALDERÓN.- Primer piso. Un corredor con retratos de Einstein y gente más rara.

BLUMEMBERG.- Matemáticas. Luego viene Filosofía.

CALDERÓN.- Más retratos: Hegel, Schopenhauer...

BLUMEMBERG.- Hubo un retrato de Blumemberg. Al final del corredor...

CALDERÓN.- ... ese salón de conferencias tal como usted lo describió. Un triste disertaba sobre la mujer y la muerte.

BLUMEMBERG.- ¿Sobre la mujer y...?

Calla al oír niños sobre el techo. Hasta que los niños se alejan.

BLUMEMBERG.- Hoy ya vinieron tres veces. *(Serenándose.)* ¿Sobre la mujer y la muerte?

CALDERÓN.- Cuando entré, el conferenciante estaba diciendo: "Desde el punto de vista de la muerte, la vida es la producción del cadáver".

BLUMEMBERG.- Yo escribí esa frase. ¿Se atreve a nombrarme?

CALDERÓN.- Desde luego que no. Hasta los estudiantes más jóvenes bajan la mirada si les mencionas a Blumemberg. *(Se pone ante la máquina de escribir.)*

BLUMEMBERG.- Hast Du...? ¿Hablaste con ellos acerca de mí? ¿Qué dicen los estudiantes sobre Blumemberg?

CALDERÓN.- Dejé caer su nombre en la biblioteca. Uno me insultó y se mudó de pupitre. Otro dijo que a Blumemberg lo han metido al horno en Israel; otro, que en Chile lo rajó un indio comunista.

BLUMEMBERG.- ¿Y vos? ¿Qué dijiste vos de mí?

CALDERÓN.- No me quedé a decir. Me asustan, son como crías de robot esos estudiantes. Sus ojos... los ojos de los alemanes...

BLUMEMBERG.- ¿Encontraste el pupitre quinientos ochenta y uno?

CALDERÓN.- Vacío. Ni rastro de Silesius.

BLUMEMBERG.- No lo buscás bien, no te lo tomás en serio.

CALDERÓN.- ¿Y si no estuviese en la ciudad? ¿Y si se hubiese marchado?

BLUMEMBERG.- ¿Silesius fuera de Berlín? Imposible. Tenemos que seguir buscando. Si es preciso, rastreamos casa a casa. No me importa esperar, llevo tantos años esperando... Mañana buscaremos en Kreuzberg. Pero decime, ¿viste mis libros en la biblioteca?

CALDERÓN.- Ni una página.

BLUMEMBERG.- No se atreven a enseñarlos. (*Hurga en la bolsa; saca yogures y otros comestibles. Decepcionado, deja caer la bolsa vacía.*) ¿No encontraste nada para mí? Hace mucho que no me traés nada.

Pausa. Calderón saca un libro y lo tira al suelo. Blumemberg lo recoge ávidamente.

BLUMEMBERG.- (*Leyendo la portada, feliz.*) "Benito Cereno". (*Lo abre, lo hojea airado.*) En inglés. (*Lo arroja contra el suelo.*)

CALDERÓN.- Vamos a trabajar. Se hace tarde.

BLUMEMBERG.- ¿De verdad se hace tarde? Nunca sé si es de día o de noche. ¿Es este agujero Berlín? ¿Cuándo llegaré verdaderamente a Berlín? Me sentía mejor en el tren.

Silesius compró todos los boletos para que yo viajase sin miedo. Él me sacará de esta tumba, me llevará a un sitio en que podré hablar alemán. Acá hasta dormir me da miedo, temo hablar alemán en sueños. ¿No olvidaste ninguna precaución? Ese estudiante que te insultó, ¿no te habrá seguido? Desearía tanto conversar con esos estudiantes... Muy pronto, gritarán a sus profesores: "Háblennos de Blumemberg". Hoy guardan silencio, pero ¿qué está creciendo en ese silencio? Cuando las mujeres maldicen su fecundidad y las naciones tienen por ministros a hombres que no saben leer, entonces los jóvenes necesitan a Blumemberg. Tengo que salir.

CALDERÓN.- ¿Para qué? Yo voy a los lugares de Blumemberg a los que Blumemberg no puede ir.

BLUMEMBERG.- De otro modo que Blumemberg. (*Mira la puerta.*) Yo encontraré a Silesius. (*Toma las gafas y el bastón. Compone el disfraz de ciego.*)

CALDERÓN.- Solemne ocasión: Blumemberg vuelve a Berlín. ¿Dónde irá primero? ¿Visitará la tumba de su padre? ¿La de su hijo? ¿Por qué no se da una alegría? Lleva meses haciéndoselo en Braille. ¿Por qué no visita a sus amigas de...? ¿Cómo era el nombre que me dijo en el tren? "El Búho de Minerva". Pero cuidadito, no vaya a tropezarse con el verdadero Jules Violet. Fue en ese burdel donde lo conocí, ¿no? (*Con voz de anciano francés.*) "Blumemberg, mon vieux!".

BLUMEMBERG.- No me acercaré al "Búho".

CALDERÓN.- Suponga que se encuentra con Violet en cualquier calle. Violet reconoce sus pasos, su olor. (*Quita a Blumemberg el bastón y las gafas y hace el Violet.*) "Mon ami Blumemberg!".

BLUMEMBERG.- Negaré que soy Blumemberg. "Me llamo Juan Calderón", diré.

CALDERÓN.- Parlez vous français? Je parle un peu l'espagnol. Un po-qui-to. ¿Me ayudas a cruzar? Yo necesito un lazarillo. (*Cogiendo del brazo a Blumemberg y haciéndole caminar.*) ¿Tienes hijos?, yo vendía juguetes, uno hizo pupa a un niño. Yo tenía un amigo que olía como tú, me leía en voz alta "Benito Cereno". Mi amigo habite à l'Argentina, con el nombre mío. C'est pas juste, un héroe de guerra, el maestro de la nación. ¿Qué era su crimen? Hablar al alma de los jóvenes. Un Sócrates. Su libro se llama "Critique de la violence".

BLUMEMBERG.- Du pouvoir. "Crítica del poder". *(Se arrepiente de haber hablado. Intenta separarse de Calderón.)*

CALDERÓN.- *(Reteniéndolo.)* Tu voz me recuerda tanto a mi amigo... Poder, violencia, c'est difficile la Philosophie. J'aime bien Rousseau. Bergson, pas du tout. Cuando recibieron a Bergson à l'Academie de France... Un judío en la Academia, c'est pas croyable, al menos Halévy sólo era medio judío. "Critique du pouvoir". Sólo Hitler lo leyó. ¡Es el espíritu del Führer!

BLUMEMBERG.- Du weißt nichts über Blumemberg! Sprich nicht über ihn! Blumemberg kenne ich nur! *(Se descubre fuera de control. Da por concluido el juego.)* Es ist genug. Basta.

CALDERÓN.- *(Deshaciendo el disfraz de Violet.)* ¿A que lo mejoré? El labio temblón, la tosecilla...

BLUMEMBERG.- Sos la mierda que Silesius me metió en el tren. Nadie te teme, nadie te espera. No necesitás disfraz.

CALDERÓN.- Para usted, en cambio, no hay disfraz que valga. Siempre cometerá un error. Incluso si Berlín fuese la ciudad de los ciegos... El ruido de sus pasos de cojo, su olor a azufre... Pero no se preocupe, no tiene por qué salir de aquí. Yo he fumado en los baños del colegio de Blumemberg, he oído a Wagner en la gramola de Blumemberg. Yo follaré por usted en "El Búho de Minerva".

BLUMEMBERG.- Tengo muchos amigos en Berlín, cada día son más, te darán tu merecido. *(Pausa.)* No vayás al "Búho", por favor. Prometé que no vas a ir.

Pausa.

CALDERÓN.- Si se porta bien, mañana buscaré a Silesius en Kreuzberg. Siempre que se porte bien.

Se sienta ante la máquina. Pausa.

BLUMEMBERG.- "Die Regel beweist nichts; die Ausnahme beweist alles".

Calderón, tras reflexionar unos segundos, teclea. En el oscuro, el ruido de un tren que atravésase el sótano.

IX

En el mismo oscuro. El dictado de Blumemberg es cada vez más vacilante; el tecleo de Calderón, cada vez más firme.

BLUMEMBERG.- Die Idee der Repräsentation ist... von dem Gedanken persönlicher Autorität... beherrscht.

Calderón teclea.

BLUMEMBERG.- Repräsentieren... kann nur eine Person... und zwar...

Calderón teclea.

BLUMEMBERG.- ...eine autoritäre Person... oder eine Idee die...

Calderón teclea.

BLUMEMBERG.- ... die sich ebenfalls... die sich...

Calderón teclea. Su tecleo es largo, independiente ya del dictado. No escucha a Blumemberg, que todavía se resiste al silencio: "... die sich... die sich.. die sich...". Por fin, Blumemberg calla y sólo se oye el tecleo de Calderón, que se va convirtiendo en el ruido de un tren que avanza. Al desvanecerse el oscuro vemos envases de yogur por todas partes. Calderón sigue tecleando sin escuchar a Blumemberg.

BLUMEMBERG.- ¿Será que bajamos del tren antes de tiempo? ¿En Berlín mil novecientos cuarenta y cinco, quizá? ¿Creés que sigue ahí fuera, nuestro tren? ¿Hay cementerios de trenes o los dejan oxidarse en las vías muertas o los descarrilan dónde? Puedo contar los trenes que atraviesan Berlín, pero no sé si pasan a la derecha o a la izquierda, encima o debajo de este lugar, parece milagro que no choquen, ¿no debería ser normal, necesaria, la catástrofe? Puedo contar las personas que se agolpan en los

andenes, las oigo gritar cuando el tren se acerca, pero el tren no para, nunca para en Berlín. Oigo la respiración de la gente en los andenes. La respiración del que abandona a su madre enferma, el que huye de su amante, el que se arrojará a la vía. Tenés que encontrar a Silesius antes de que todos se vayan, antes de que seamos los últimos habitantes de Berlín. ¿Qué será de nosotros si no lo encontrás? ¿Mezclaremos nuestras cenizas? No, será peor que la muerte, no moriremos nunca. Tenés que encontrarlo antes de que estalle todo este ruido. Tengo todo el ruido de Europa en la cabeza. (Pone la mano sobre el teclado, interrumpiendo el trabajo de Calderón, quien por fin le mira. Pausa.) He soñado que te ibas en un tren. Yo te gritaba: "¿Dónde están mis palabras? ¿Dónde te llevás mis palabras?".

CALDERÓN.- Lo sé. Lo soñó en voz alta. (Blumemberg se asusta.) No tema, soñaba en español.

BLUMEMBERG.- Mentira.

CALDERÓN.- No es la primera vez.

BLUMEMBERG.- Es mentira.

CALDERÓN.- "¿Dónde están mis palabras? ¿Dónde te llevás mis palabras?". En español. Una buena pregunta: ¿Dónde están las palabras de Blumemberg? Todavía nada, ¿verdad? Ni una palabra alemana.

BLUMEMBERG.- Es difícil concentrarse con este ruido.

CALDERÓN.- Nadie puede aún detener el ruido. Ese ruido de demolición, de rapiña, de incendio propagándose. Brotó de la estación y está ganando las calles. Pero bastaría una cabeza clara para contener el pánico de cientos que amenazan aplastarse con una angustia de animales. Bastaría un corazón enérgico para restaurar el antiguo silencio.

BLUMEMBERG.- Me refería al ruido de esas teclas que aporreás día y noche como un loco.

CALDERÓN.- Quisiera parar, pero no puedo. Estoy escribiendo el libro.

BLUMEMBERG.- ¿Escribir vos? ¿Sin mis frases? No podés escribir sin mis frases, sólo golpear las teclas sin sentido. No podés escribir mi libro. Ni siquiera sos capaz de traducirlo. No podrás traducirme sin haber vivido una guerra, una fiesta, un banquete. ¿Oíste hablar del bosque de Klausenhof? No lo encontrarás en los mapas, pero cada palmo de esa tierra fue pagado con la vida. Cuantos libros he leído nada valen en comparación con mi uniforme. En mil novecientos dieciocho volví del frente con una cruz de hierro y veinte cicatrices. Era tan hermosa Alemania, tan bello Berlín... Si pudiera salir sólo un minuto... (*Mira la puerta como si pudiera ver a través de ella. La toca. No se atreve a salir.*)

CALDERÓN.- Niños en el parque Hegel, junto al Zoológico.

BLUMEMBERG.- "El Búho de Minerva" en letras amarillas.

CALDERÓN.- Un patio de columnas, un ascensor de cuando el Káiser.

BLUMEMBERG.- La puerta malva. El enano que te lleva al saloncito. Esperás bebiendo té. Las que están libres sirven las pastas.

CALDERÓN.- Pasean bandejas hasta que una te gusta.

BLUMEMBERG.- La más rubia.

CALDERÓN.- Te lleva al cuarto de la mano.

BLUMEMBERG.- Le pedís hacerlo en el del fondo, aunque haya que esperar que se vacíe. Una lámpara de seis brazos. El somier chirría. Los pechos más blancos de Alemania.

CALDERÓN.- Los pies más tiernos. Le mordí todos los dedos.

BLUMEMBERG.- ¿La mordiste?

CALDERÓN.- A ella le gusta.

BLUMEMBERG.- Sos un cabrón. Pobre Monike, mi princesa.

CALDERÓN.- Se llama Andrea. Su Monike se secó hace un millón de años.

Blumemberg lanza un golpe a Calderón. Éste lo detiene. Se miran.

BLUMEMBERG.- Silesius te va a...

CALDERÓN.- ¿Qué me hará Silesius? Él me trajo a Berlín porque quería el libro en castellano.

Calderón vuelve a teclear. Blumemberg intenta imponer su voz sobre el teclado.

BLUMEMBERG.- No podés escribir sin Blumemberg. Antes de mí, nadie supo qué se podía hacer con las palabras. El color de las tapas, el tacto del papel, el tamaño de letra, todo fue cuidadosamente decidido, el número de ejemplares y la lista de quienes leerían el libro. Pero mis enemigos quemaron Europa y mis palabras. Lo que quedaba de Europa fue guardado en mi pecho, en un viejo faro, en Argentina. Al pie del faro había un cementerio. Tumbas iguales, orientadas hacia el Este, sin nombre, con tres números: doce, tres, mil novecientos cuarenta y cuatro. Marineros alemanes. El faro no había funcionado para ellos. Tumbas sin nombres, Alemania se avergüenza de sus soldados. Ni siquiera los muertos están a salvo del enemigo. Pero hay una cita entre ellos y yo, por ellos debo recuperar las palabras quemadas. Yo prometí a aquellos muertos que les devolvería su nombre. Aún están allá, esperando. Sólo en el Juicio Final recibiremos nuestro verdadero nombre, el definitivo. Silesius sabe cuánto falta aún. Él conoce el día y la hora del Juicio Final. Mientras tanto, ¿cómo soportar el silencio? ¿Cómo soportar este silencio de trenes hacia Berlín, el silencio de los trenes que atraviesan Europa? En algún lugar debe de haber una torre con tableros para gobernar semáforos, y palancas que lleven a los trenes por unas vías u otras. Debe de haber una torre de control, y un hombre en esa torre, una autoridad que gobierne todo este silencio. ¿Lo oyes? Una mancha que crece en mi cabeza como un estallido de trenes que chocasen. ¿Y si reciben instrucciones equivocadas?, ¿y si los conducen al caos? ¿Hay alguien inteligente en la torre? ¿Quién impide que todos los trenes de Europa, cargados de niños, se arrojen al tiempo contra Berlín?

Hace rato que Calderón ha dejado de escribir y se mira las manos con horror. Sin mirar a Blumemberg, sale.

BLUMEMBERG.- ¿Dónde vas? ¿Es que ya sabés dónde está?

X

En el tren, con mucha luz, mucha velocidad y muchos envases vacíos de yogur. El roto de la ventana está cubierto de otro modo. Blumemberg aparece muy abrigado; Calderón sólo lleva unos calzoncillos. Blumemberg busca frases en su memoria; Calderón teclea traduciéndolas.

BLUMEMBERG.- "Von neuem... Von neuem stehen der reinen göttlichen Gewalt... Von neuen stehen der reinen göttlichen Gewalt alle Formen frei... die der Mythos bastardierte... die der Mythos...". (Se interrumpe, intranquilo.) Etwas rührt sich draußen. Es gibt jemanden draußen.

CALDERÓN.- (*Fastidiado, se asoma al pasillo.*) Lo único que hay en el pasillo es un olor insoportable. Al menos podríamos pasarla a otro vagón.

BLUMEMBERG.- Es wäre unmenschlich, sie allein zu lassen.

CALDERÓN.- Ese tufo sí que es inhumano. Si, como propuse, la hubiéramos bajado en Amberes...

BLUMEMBERG.- Silesius wird sie mit Ehre in Berlin begraben.

CALDERÓN.- Se la echa en falta, ¿eh? Caray con la invidente. Qué tacto tenía. Y qué imaginación.

BLUMEMBERG.- Hast du sie...? Silesius hatte sie für mich gekauft. Meine Frauen sind nicht für dich. Du bist ein... (*Busca un insulto.*) Verräter. Verräter!

CALDERÓN.- (*Irónico.*) ¿Traidor yo? ¿No es justo que lo compartamos todo?

Blumemberg contiene su réplica. Silencio tenso. Escalofrío de Blumemberg.

BLUMEMBERG.- Es ist wieder kalt. (*Evocador.*) Winter ist das Beste des Jahres in Berlin. Ich erinne mich an die Kindern im Hegelpak. Solange habe ich kein Kind gehört, das Deutsch spricht... CALDERÓN.- Un parque nevado con niños hablando alemán. Suena espantoso.

BLUMEMBERG.- Die Kindern der Mädchen von "Minervas Uhu". Dort habe ich Jules Violet kennengelernt.

CALDERÓN.- ¿Hubo un Jules Violet de verdad? Lo conoció en ese... ¿cómo ha dicho? "El Búho de Minerva".

BLUMEMBERG.- Gibt es Schnee draußen?

CALDERÓN.- Probablemente. Probablemente, hay nieve fuera. O aún no, pero muy pronto. También desierto y estepa. Y luego nieve. O estepa, nieve y desierto. El conductor sabe lo que hace. Suponiendo que haya conductor.

BLUMEMBERG.- Wir sollen in der Nähe sein.

CALDERÓN.- Nunca llegaremos a Berlín. ¿Cuántas veces hemos pasado por Milán? Y volveremos a oír italiano. Qué confusión de lenguas. Es como viajar por Babel buscando idioma.

BLUMEMBERG.- Wir werden sofort ankommen.

CALDERÓN.- Esa pierna que se quita y que se pone, el olor de la cieguita, la peste de yogur del restaurante, Moscú, Copenhague, Estambul, un millón de millas de jodida Europa, todo es ya la misma enfermedad. ¿En qué tiene fe todavía? ¿En el maquinista? ¿Nos estrellará contra los Urales?, ¿nos arrojará al Atlántico? ¿Por qué no desenganchamos el vagón? Más vale eso que morir de viejos en un tren sin conductor a través de Europa.

BLUMEMBERG.- Silesius hat alles vorbereitet.

CALDERÓN.- ¿Aún cree que nos recibirá en el andén, con dos ramos de flores? No se le escapó detalle: los yogures, los polvetes, todos los boletos del expreso. Luego se olvidó, no nos recuerda. Hice bien en cobrar un anticipo. No necesito Berlín. Bajaré cuando quiera.

BLUMEMBERG.- Warum ziehst du nicht in ihr Abteil um?

CALDERÓN.- Soy un profesional. En cuanto cumpla con mi anticipo, bajaré de este tren. Me queda poco que aguantarle, Bernstein. No me gusta usted, no es trigo limpio. Esas manías persecutorias, aquel disfraz de cegatón... Creo adivinar quién es usted realmente. Se metió en líos, ¿eh? ¿Se le fue la mano con algún jarabe?, ¿un despiste en un quirófano? ¿De ahí le viene la afición por las máscaras? ¿Le retiraron la licencia y se largó a Argentina? Cuando hizo aquella cura a la cieguita, sus manos...

BLUMEMBERG.- Warum ziehst du nicht in ihres Abteil um?

CALDERÓN.- Buena idea. (*Toma su equipaje.*) Por gélida que esté, por mal que huela, será mejor compañía. (*Sale con su equipaje.*) Cuando quiera una frase, golpearé la pared. (*Establece la contraseña que luego usarán en el sótano. Vuelve sin equipaje.*) Gríteme sus frases por el pasillo o déjelas en mi oído mientras duermo. (*Va a coger un folio mecanografiado. Blumemberg se adelanta, lo toma, lo sopesa.*)

BLUMEMBERG.- Was gibt es drinnen, so schwer?

CALDERÓN.- (*Arrebatándole el folio.*) La primera frase dice: "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma".

BLUMEMBERG.- (*Recupera el folio y lee.*) "Crítica de la violencia". (*Calderón intenta quitárselo; el folio se rompe en dos.*) Ist das die Name? "Crítica de la violencia"?

CALDERÓN.- (*Recupera la otra parte del folio.*) ¿No le gusta?

BLUMEMBERG.- "Violencia" ist nicht "Gewalt". Die Name ist: "Crítica del poder".

CALDERÓN.- Así se tituló durante meses. Cruzábamos Macedonia cuando decidí "Crítica de la violencia".

BLUMEMBERG.- (*Irónico.*) Entschiedst du dich?

CALDERÓN.- Es mi trabajo: decidir. Lo dijo Blumemberg: "El traductor es la forma del hombre libre". Sabrá que fue el primer oficio de Blumemberg, precisamente. Dicen que era el mejor traductor de Alemania.

BLUMEMBERG.- "Violencia" ist aber nicht "Gewalt".

CALDERÓN.- Cada palabra es peligro para mí. Usted camina sobre terreno firme. Yo escribo cada palabra a vida o muerte. Jamás seré traducido. La mía es la última palabra.

BLUMEMBERG.- (*Irónico.*) Das letzte Wort. Es wird deinen Mund zerbrechen.

CALDERÓN.- La última palabra. Escrita conforme a la idea de la palabra del ángel. Y sin embargo... Esa frase... "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". (*Toma el folio roto. Lee.*) "El enemigo es nuestra única pregunta en cuanto forma". Es como si esta frase estuviese pidiendo un traductor más. (*Pausa. Mira a Blumemberg.*) ¿Qué clase de libro es éste? ¿Qué sabe de Silesius? ¿Por qué quiere el libro?

BLUMEMBERG.- Es ist mein Buch.

CALDERÓN.- ¿No tiene una respuesta mejor? ¿Por qué quiere el libro en español? ¿Quién es ése que nos tortura en zig-zag por Europa? ¿Ha visto otros libros editados por él? ¿Cómo lo conoció?

BLUMEMBERG.- Ihn habe ich nie gesehen.

CALDERÓN.- (*Asombrado.*) Nunca lo ha visto.

BLUMEMBERG.- Bei Telephon habe ich doch mit ihm gesprochen.

CALDERÓN.- ¿Eso es todo? ¿Una voz? Yo al menos tengo una firma sobre un contrato. ¿Nunca le preguntó quién era, de dónde venía?

BLUMEMBERG.- Er wollte das Buch. Es war mir genug.

CALDERÓN.- Quizá suba en la próxima estación. Quizá ya esté en el tren, con nosotros.

BLUMEMBERG.- Er wartet auf mich in Berlin.

CALDERÓN.- No debemos llegar a Berlín. (*Abre la ventana.*) Saltemos aquí. No nos encontrará nunca.

BLUMEMBERG.- Wozu brauchst du mich? Geh allein.

Calderón va a saltar, pero vacila, acaba cerrando la ventana.

CALDERÓN.- Soy un profesional. Cumpliré con mi anticipo y estaremos tan lejos como siempre de Berlín. Deme la siguiente frase.

BLUMEMBERG.- Es wird keinen Satz mehr bis Berlin geben.

CALDERÓN.- No esperaré a Berlín. Frase a frase, así lo pactamos.

BLUMEMBERG.- Pakt gibt es nur zwischen Gleiche.

CALDERÓN.- ¿Tendré que sacarle las palabras a puñetazos?

BLUMEMBERG.- Du bist nicht mein Gleich. Du bist niemand. Du bist mein Übersetzer.

Calderón intenta abrir la boca de Blumemberg.

BLUMEMBERG.- Silesius wird dich...

CALDERÓN.- Silesius le ha abandonado. Sólo le quedo yo. (*Pone a Blumemberg de cara al suelo y lo sacude como a un niño que hubiese de arrojar algo por la boca.*)
¡Una frase! (*El tren se detiene bruscamente. Calderón suelta a Blumemberg.*)

BLUMEMBERG.- Er bleibt stehen.

CALDERÓN.- A veces se para. Hasta que vuelve a andar. Nunca llegaremos a ninguna parte.

Voces de niños.

BLUMEMBERG.- (*Esperanzado.*) Diese Stimme...

CALDERÓN.- Niños.

Calderón mira por la ventana.

BLUMEMBERG.- Berlín.

XI

El sótano sigue abierto, como Calderón lo dejó. Blumemberg rebaña envases de yogur mientras lee los folios mecanografiados por Calderón. Los esconde al oír que Calderón vuelve. Blumemberg mira la puerta como esperando que entre alguien más.

BLUMEMBERG.- ¿No viene con vos? ¿Dónde está?

CALDERÓN.- Esta vez, no salí a buscar a Silesius. (*Enseña un billete de tren.*) Lo conseguí en el mercado negro. Un billete de un tren que me va a sacar de Berlín.

Silencio.

BLUMEMBERG.- ¿A qué has vuelto? ¿Por tus cosas? ¿A decirme adiós? ¿A traerme algo? Estoy hambriento.

CALDERÓN.- He vuelto por el libro.

Silencio.

BLUMEMBERG.- No te podés ir. Hicimos un trato.

CALDERÓN.- ¿Un trato? ¿Desde cuándo no cumple su parte?

BLUMEMBERG.- Aún te faltan muchas frases. (*Señalándose la cabeza.*) Están aquí, a punto de volver a mi boca. Dame una semana. Un día.

CALDERÓN.- (*Pidiendo a Blumemberg el libro.*) Quizá mañana no haya trenes.

BLUMEMBERG.- Tenía que ocurrir. Viéndote teclear noche y día, pensaba: "Si se le mete en la cabeza que puede escribirlo él solo, el hombrecito se calzará mis zapatos y echará a correr". Creés que ya no necesitás mis frases. Te arrepentirás de subir a ese

tren. Sólo sos el traductor de Blumemberg. Un aprendiz, un parásito, nadie. Por más que corrás, siempre estarás a la sombra de Blumemberg. No tenía veinte años cuando dejé una pierna en Verdun. En el veintisiete abracé a Mussolini, en el cuarenta y tres perdí a mi hijo en Stalingrado. ¿Qué hiciste vos en la vida? Si entrase por esa puerta aquel Blumemberg de mil novecientos treinta... Se reiría tanto de vos...

CALDERÓN.- ¿Y de usted? ¿No se reiría?

Silencio. A Blumemberg le ha hecho daño la réplica de Calderón.

BLUMEMBERG.- Tenés razón. Cada día soy menos Blumemberg. Sólo queda en mí lo peor de Blumemberg. Otro aprendiz. ¿Quién de nosotros lo estará imitando mejor? Tendría que escoger él, el Blumemberg original. Si entrase por esa puerta...

CALDERÓN.- No puedo esperarle. Mi tren va a partir. El libro.

BLUMEMBERG.- ¿Para qué lo querés?

CALDERÓN.- Voy a quemarlo.

Silencio. Blumemberg no comprende.

CALDERÓN.- ¿Sabe que busqué un teléfono con intención de llamar a la policía y gritar: "Han vuelto"? Pero temí encontrar la voz de Silesius, me aparté del teléfono por si su voz estaba allí, esperando que yo descolgase. Atravesé Berlín temiendo que alguien me dijese al oído: "Ya no tienes que buscar más. Yo soy el que buscabas. Y tú el que yo estaba esperando".

BLUMEMBERG.- Fantasías. Fue a mí a quien llamó a Berlín.

CALDERÓN.- Silesius le está dejando pudrirse.

BLUMEMBERG.- Por alguna razón, se esconde. Vos viste su sangre. Quizá lo hirieron de gravedad.

CALDERÓN.- He estado en todos los hospitales de Berlín.

BLUMEMBERG.- Deben de cambiarlo cada noche de hospital. O quizá haya muerto. Por eso no viene a ayudarme.

CALDERÓN.- He estado en el cementerio católico y en el protestante. Ni rastro de Silesius.

BLUMEMBERG.- Está vivo y lo encontraste, pero me lo ocultás. Porque necesitás mis frases.

CALDERÓN.- Yo creo que Silesius sabe dónde está usted, pero le va a dejar morir en esta ratonera.

BLUMEMBERG.- Eso es mentira.

CALDERÓN.- Sabe dónde estamos. Lo sabe todo. Porque todo lo ha dispuesto desde el principio, desde siempre. Pero yo no voy a esperar a que él decida el momento de hablarme.

Intenta arrebatarle el libro. Blumemberg lo detiene apuntándole con la pistola.

BLUMEMBERG.- Cada minuto hay una frase menos en mi cabeza. Muy pronto, sólo tendré estas páginas. No vas a tocarlas.

CALDERÓN.- (*Mostrándole el billete de tren.*) Hay hombres ahí fuera que saltan desde los puentes sobre los trenes en marcha. Me matarían por este billete. ¿Quiere oír qué he hecho para conseguirlo? Y, pese a todo, he vuelto. A quemar el libro.

BLUMEMBERG.- Es mi memoria. Lo que queda de mí. No podés quemarlo.

Calderón señala hacia el techo. De allí vienen pasos y voces infantiles.

CALDERÓN.- Calderón- Por ellos tengo que quemarlo. Si supiesen qué he escrito, me matarían. No se puede mirar a los ojos a un niño después de escribir frases como ésas.

Pausa.

CALDERÓN.- Calderón- Y sin embargo... Siento que precisamente por ellos he escrito esas palabras. Pero ellos todavía no pueden entenderlas. Todavía no.

Pausa. Blumemberg deja de apuntar.

BLUMEMBERG.- Todo está en los ojos de los niños mucho antes de que suene el primer disparo. Los niños prevén el sacrificio de los inocentes. Hubo un tiempo en que no me daban miedo. Pero llegó el día en que sentí miedo de mi propio hijo. Así que ya sabés cuántos enemigos puede tener un hombre. Yo sé qué es tener miedo en Alemania. ¿Miedo de los niños o de vos mismo? Es el mismo miedo. Miedo de la voz de Silesius diciéndote: "Ahora vos sos nuestro hombre". Miedo de ser el más fuerte, el más libre. Aceptá tu destino. Mirá tus manos. (*Le obliga a mirarse las manos.*) Están preparadas para escribir hasta la última palabra. ¿Sabés cuánto miedo tendrás entonces? Al final, sólo te quedará el miedo. Porque hombres como vos y como yo nacemos del dolor del mundo, y no venimos a curar el dolor, venimos a asumir la culpa, a cargar con los pecados de la Humanidad. Mientras ellos construyen una torre, nosotros sabemos que la torre los aplastará, que el cúmulo de cadáveres subirá hasta el cielo. Pero todo ese dolor es necesario, y vos cargarás con él. Hasta que llegue el momento. Y cada momento puede ser la pequeña puerta de la salvación. Pero, hasta entonces, sólo te acompañará el miedo.

Pausa.

CALDERÓN.- Calderón- Aún puedo olvidar el libro, olvidarle a usted, olvidar Berlín.

Blumemberg prende un fuego al que arroja los folios.

BLUMEMBERG.- Es sólo papel. No bastaría quemar Berlín; aunque ardiese cada huella de Blumemberg, no bastaría. ¿Creés que huyendo salvarás al mundo del veneno? Sólo ese veneno salva, sos vos mismo. ¿Quemarás tu cabeza? (*Le ofrece la pistola.*) No sos capaz. (*Le pone la pistola en la mano.*) El demonio, si pudiera, ¿no sería otra cosa? Mi memoria está a salvo. (*Lleva la punta de la pistola a la cabeza de Calderón.*) Dentro de vos, palabra por palabra, creciendo.

Calderón aleja de sí la pistola.

CALDERÓN.- Calderón- Olvidaré el libro. En cuanto me haya alejado de Berlín, empezaré a olvidarlo.

BLUMEMBERG.- Por muy rápido que marche tu tren, no te alejarás del libro. Y al final de tu viaje, de verdad sabrás lo que es el miedo. Yo, en cambio, si olvido hasta la última palabra... Ni siquiera me encontrarán parecido a Blumemberg. Caminaré por Berlín, me dará el sol en la cara, ya no tendré miedo. Lo sabré cuando un niño me mire sin rencor: ya no tendré miedo. (*Hunde sus manos en la ceniza caliente. Rescata el último folio, medio quemado. Lee.*) ¿Escribí yo esto alguna vez? No tiene sentido. Todavía no. (*Lo devuelve al fuego.*) Marchá ya. Hay un tren esperándote. El mismo tren en que vinimos, seguramente. ¿Cuál es su destino?

CALDERÓN.- Da igual donde vaya, con tal de que me saque de Berlín.

BLUMEMBERG.- Silesius conoce el día y la hora. Me dio un traductor. Otra lengua, otros hombres. Quiere el libro en tu idioma. Esta vez, el dolor no empezará en Berlín. Decime: ¿Hacia dónde va ese tren?

CALDERÓN.- Madrid.

OSCURO FINAL

© (2001) Juan Mayorga